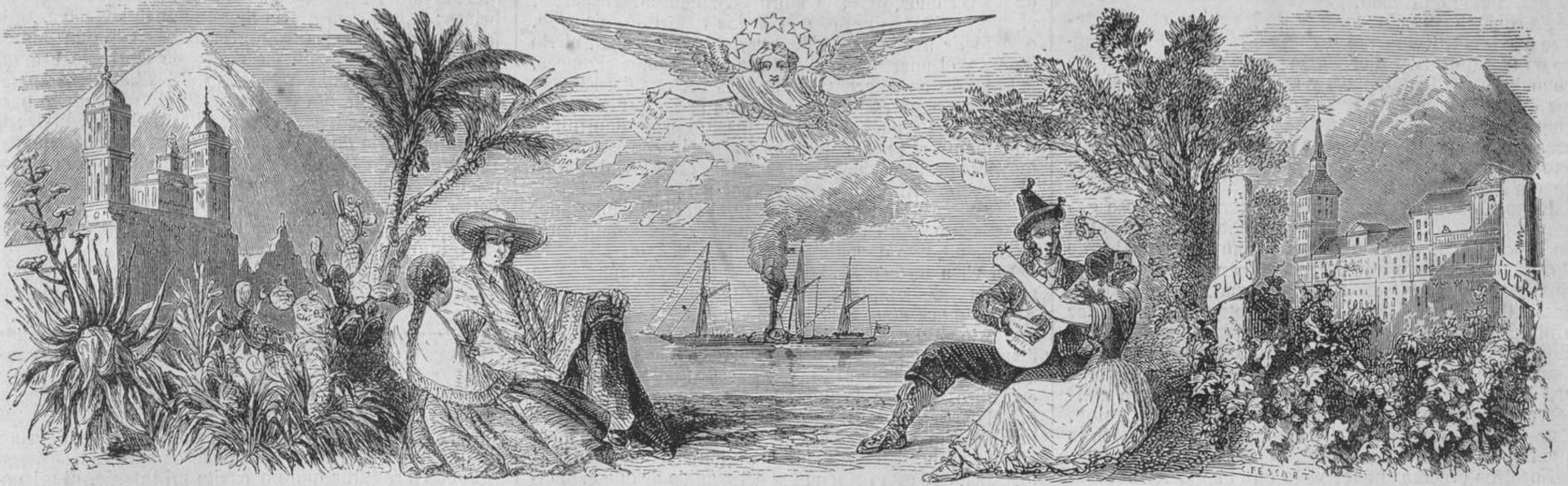


# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1863. — TOMO XXII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 22. — N° 552.

## SUMARIO.

**El emperador en Vichy;** grabado. — **Bilbao.** — ¿A dónde vamos? — **La colonización de Fernando Póo.** — **El general Oudinot;** grabado. — **Campamento de los spahis en Saint-Maur;** grabado. — **Nuevo teatro de Variedades en Ginebra;** grabado. — **Monumento del príncipe Alberto;** grabado. — **Revista de Paris.** — **Recuerdos de viaje.** — **La cosecha;** grabado. — **La cueva de los Leones;** grabado. — **Los últimos cuentos de Edgardo Poe.** — **Exposicion de bellas artes en 1863;** grabados. — **Los segadores salvajes;** grabados. — **Maria.** — **Problemas de ajedrez;** grabado. — **Al abrigo;** grabado. — **M. Aimé Capitan;** grabado.

## El emperador en Vichy.

Nada mas sencillo que la casa que habita el emperador en Vichy. Compónese de un vestibulo, dos saloncitos y un comedor en el piso bajo, todo ello guarnecido de muebles mas cómodos que suntuosos; caoba en los salones y nogal en el comedor; nada brilla, excepto algunos bronces de chimenea. En el primer piso está el cuarto de dormir, y al lado se halla el gabinete de trabajo con sola una ventana. En este gabinete hay un estante con los libros que acompañan por do quiera al nuevo historiador de César, y una mesa con el manuscrito que toca en el día a sus últimas páginas. El cuarto siguiente es para el edecan, y el segundo piso se

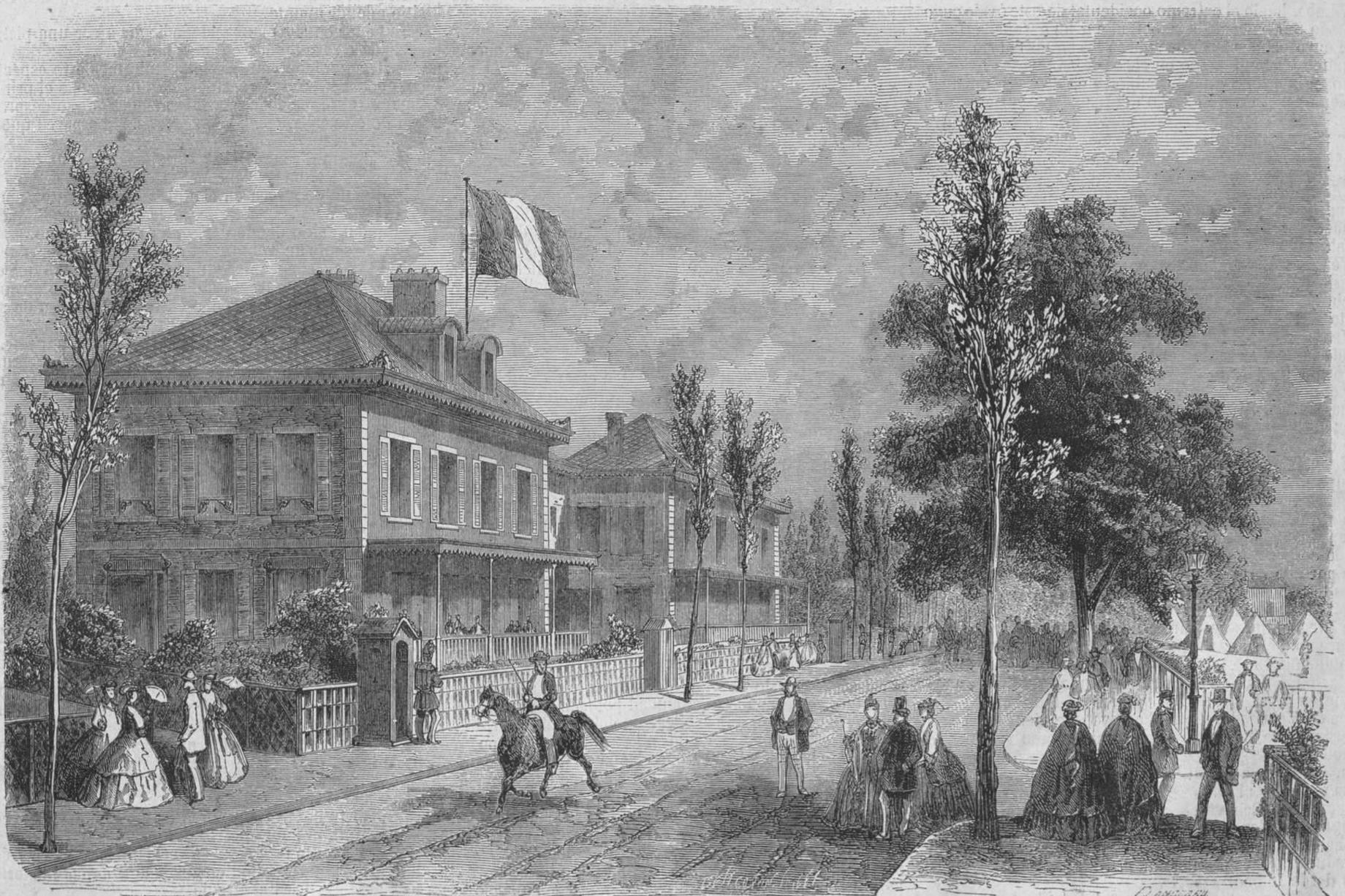
halla ocupado por el servicio personal de Su Majestad.

En el segundo pabellon habitan M. Moquart, senador y jefe del gabinete del emperador; el coronel conde Lepic, el coronel marqués de Toulangeon, M. Vassard, comandante de escuadron y oficial de ordenanza; el comandante Oppermann, y M. Pietri, agregado a la secretaria.

Cada uno de estos pabellones, construidos este año, no cuesta mas de cuarenta y cinco mil francos. El emperador ha querido que todo, lo mismo los muebles que el inmueble, fuese producto del pais, y solo se han llevado de Paris algunos bronces de adorno.

El jardin es tan modesto como las construcciones.

J. L.



La casa del emperador Napoleon III en Vichy.

## Bilbao.

## I.

Mucho se ha cavilado y se ha escrito sobre la etimología que lleva desde su fundación la perla del Ibaizabal, como con mucha razón se llama a la opulenta y hermosa villa de Bilbao.

Es socorridísima materia la de las etimologías, porque a la imaginación y al ingenio ofrece vastísimo campo en que lucirse y ejercitarse; pero también requiere conocimientos lingüísticos y arqueológicos, que el autor de este libro no posee, por cuya razón y por ser enemigo de divagaciones, dirá lisa y llanamente que cree, como nuestro juicioso y erudito Iturriza, que Bilbao es síncope de Biribilbao, que en lengua vascongada denota Badoredondo.

El nombre de los pueblos vascongados expresa generalmente las condiciones físicas, climatológicas, etc., de la localidad, de lo cual son buenos testigos los de Portugalete (Puerto alto), Trucios ó en su origen Iturriz (Fuente fría), Orduña (Sobre-agua), Marquina (Lindero), Guericcaiz (Loma fragosa) y otros que por evitar prolijidad no citamos. Aun hoy, en que los muelles ó diques han modificado el área de Bilba y el alveo del Ibaizabal, puede darse a Bilbao sin impropiedad el nombre de Bado-redondo, atendiendo a la forma que conserva la canal a espaldas de la iglesia de San Anton. Esta forma debía ser mucho más pronunciada hacia lo que hoy se llama el Arenal, cuando se fundó Bilbao.

Nosotros creemos haber visto en el siglo XIII el terreno en que se fundó Bilbao a principios del siglo XIV. Lo que hemos leído en documentos anteriores al año 1300; lo que nos dice la carta-puebla que tiene esta fecha; la observación de la tendencia general de los ríos y las mareas, y sobre todo el estudio del terreno en que la villa de Bilbao está fundada, nos han dado a conocer, como si lo hubiéramos visto, lo que este rincón era antes de edificarse en él las mil casas que hoy le ocupan.

Figurémonos que estamos a fines del siglo XIII; figurémonos que hemos oído al bueno de don Diego Lopez de Haro que « en el nombre de Dios é la Virgen bienaventurada é con placer de todos los vizcainos, quiere hacer nuevamente población é villa de parte de Begoña do le dicen el puerto de Bilbao; » figurémonos que subimos al cerro de Miravilla para ver desde allí si don Diego anda ó no desacertado en la elección de su sitio para poblar, y figurémonos, por último, que dirigimos la vista al sitio en que el señor de Vizcaya ha puesto la suya. ¿Qué es lo que vemos de parte de Begoña do le dicen el puerto de Bilbao?

Vemos, entre el río y la montaña, una llanura de forma oblonga cuyos extremos más distantes que corresponden a Poniente y Oriente, distan entre sí sobre seis mil pies.

Vemos, hacia el extremo occidental de este óvalo cuyo costado Sur baña el Ibaizabal, una gran ensenada ó arenal, cuyo primer término cubren las aguas del río, cuyo segundo término queda en seco en las mareas bajas, y cuyo último término está cubierto de espesos juncales.

Vemos, siguiendo el lado del Ibaizabal, varias torres solariegas de los linajes de Zamudio, Leguizamón, Arbolancha, Zangroniz, Begoñalza, Barrondo y otros, y un castillejo, a cuyo pié hay un puente, por el cual se comunican los moradores del lugar que describimos con los de la orilla opuesta, donde se ven muchas ruinas y algunas casas mezquinas, habitadas por pescadores y venaqueros, y dominadas por algunas torres solariegas escalonadas en la falda del cerro donde nos hallamos.

Vemos aproximadamente en el centro del óvalo una iglesia gótica dedicada al apóstol Santiago y fundada hacia el siglo X por los linajes que tienen sus solares junto a ella.

Vemos desde el juncal que hemos mencionado, y ocupando la mayor parte del espacio comprendido dentro del óvalo, huertas más favorecidas por la naturaleza que por el arte, algunas torres en torno de la iglesia, y algunas casas mezquinas guareciéndose bajo la montaña por toda la estrada que forma el lado Norte del espacio que describimos.

Y vemos, por fin, en la ensenada del arenal en todo tiempo multitud de barquichuelos de pescadores y venaqueros, y cuando reinan los temporales en el golfo cantabro, buques de gran porte que vienen a refugiarse en el juncal de Begoña en virtud de convenio celebrado con esta república por la villa de Castro-Urdiales, que por el desabrigo de su puerto no puede poner a seguro los muchos buques que acuden a él.

Tal era Bilbao, en nuestro humilde concepto, cuando don Diego Lopez de Haro, décimoquinto señor de Vizcaya, expidió su carta-puebla en Valladolid a 15 de julio del año 1300, señalando por términos a la nueva población « dende el puntal del fondon de Zornoza do se juntan amas las aguas, ribera del agua arriba que viene de Valmaseda, fasta el arroyo que viene por como del campo de Zornoza, é dende así como va el cerro arriba fasta el sel de Eguiluz a Fagassarriza, é a Olaluceta, é a Bujana de Susto así como viene por encima de la sierra, e al bado de Echévarri, e dende como va el camino de Echévarri fasta el camino de la sierra de Ganguren, e dende fasta el fondo de Deusto derecho de Luchana, » términos todos estos que aproximadamente se reducen a las cordilleras de montañas que descubrimos desde Bilbao.

¿Tuvo Bilbao otro nombre y fué asiento de otra población importante antes de la carta-puebla de 1300? Eso es lo que procuramos ahora averiguar.

## II.

Describiendo Plinio los límites de Cantabria, dice: « La orilla inmediata a la España citerior y el sitio de la Tarraconense empieza desde el Pirineo por la parte del Océano y siguen hacia el Poniente los bosques de los vascones (que eran los navarros); Olarss, los lugares de los vardulos, que son Morosgi, Menosca, Vesperies, el puerto de Amano, que es donde ahora Flaviobriga, colonia de nueve ciudades y región de cántabros, el río Sanda y el puerto de la Victoria de los juliobrigenses, del que distan cuarenta millas las fuentes del Ebro. »

De este texto resulta pues que en la región cantábrica el puerto y pueblo importantes que precedían inmediatamente al puerto de la Victoria, situado, según las mayores probabilidades, en Santoña, era Flaviobriga en el puerto de Amano (*Amanum portus*).

También hay otro texto según el cual el emperador Vespasiano fundó a Flaviobriga en las ruinas del puerto de Amano, uno de los más notables del Asia.

En vista de estos textos, ¿se puede señalar de una manera indisputable el sitio en que estuvo el puerto de Amano y por consiguiente Flaviobriga? La prueba de que este sitio es disputable está en que los autores han disputado muchísimo sobre si corresponde a Bermeo, ó a Bilbao, ó a Portugalete, ó a Laredo; pero el autor de este libro, después de haber leído cuanto se ha escrito sobre el particular, y después de haber meditado mucho sobre lo que ha leído, pone la mano sobre el corazón y dice, con el sentimiento de que su opinión sea tan poco autorizada, que está firmemente persuadido de que el puerto Amano estuvo en Abando, y la ciudad Flaviobriga se extendió desde la Vega de Abando a Bilbao la Vieja. Castro-Urdiales ha tenido muchos votos en su favor en este ruidoso litigio, por la única razón de que en sus cercanías existe un valle que lleva el nombre de Samano.

— Pero, señor, dicen los impugnadores de Castro, si no es verosímil que al lado de un puerto tan importante como el de la Victoria se estableciese otro tan importante como Amano ó Flaviobriga.

— Esa observación no es del todo desatinada, constatan los partidarios de Castro.

— Pero si a la desembocadura del valle de Samano en el mar le ha negado la naturaleza toda condición de puerto, porque las olas baten aquel sitio perpétuamente y allí no hay área para edificar ciudad alguna importante.

— Estamos conformes.

— Si la península en que está fundado Castro tampoco tiene condición alguna de puerto, como la misma villa ha alegado más de una vez, queriendo probar que si se reincorporase a Vizcaya ninguna competencia tendría que temer Bilbao de Castro-Urdiales, cuyo fondeadero es de los que Don Alonso el Sabio calificó en las Partidas de playas ó piélagos.

— Hablan Vds. como un libro.

— Si la llanura de Samano no ha podido ser puerto ni cosa que lo valga, porque está muy retirado del mar, y el río que la riega no es ni ha podido ser navegable por mucho que las mareas se hayan retirado, porque su caudal es escasísimo y las mareas se quedan mucho más abajo.

— Hablan Vds. con cabeza.

— Pues entonces, ¿en qué se fundan Vds. para decir que cerca de Castro estuvo el puerto de Amano?

— En que el valle de Samano está cerca de Castro. Y ante esta observación, los impugnadores de Castro bajan la cabeza, quedando, si no convencidos, callados.

El autor de este libro es, como ya ha dicho, poco fuerte en etimologías, pero trata a un caballero muy enfrascado y perito en ellas.

— ¿Cree Ud., le preguntó días pasados, que el puerto Amano estuvo cerca de Castro?

— No, señor.

— Según eso, Ud. no es de los que creen que el valle de Samano recibió su nombre del *Amanum portus* de Plinio?

— Ni por las mientes me ha pasado semejante cosa.

— Pues entonces, ¿cual es la etimología de Samano?

— La va Ud. a saber. Es figura retórica muy admitida la de llamar sabanas a las llanuras, y aun en América, en vez de llanura, se dice sabana ó sabana. El valle de Samano es llano como una sabana tendida, y como en las Encartaciones y en los pueblos montañoses contiguos a ellas entre los cuales figuran los de la punta de Samano, es muy común dar la terminación masculina al sustantivo femenino sabana, que según san Isidoro es palabra griega (*sabanum, græcam est*) se le llamó Samano *Sábano*, mudando la *b* en *m* resultó el Samano que a tantas disputas y quebraderos de cabeza ha dado lugar.

El autor de este libro no funda su opinión acerca del sitio que corresponde a la ciudad poblada ó repoblada por Vespasiano en esta explicación del etimológico, que reproduce puramente como « honesto pasatiempo. » Antes de oírlo, ya opinaba que el Amano de Plinio es el Abando de nuestros días, cuya raíz hebrea es el *Aman*, que equivale a lugar de provisiones.

Si a Castro-Urdiales, aquella pintoresca villa que descubrimos desde las rocas a cuyo pié se pierde el Ibaizabal en el Océano, negamos la gloria de haber poblado en su territorio los hijos del Lacio, otras glorias le reconocemos a fuer de leales y aficionados a su suelo y sus moradores.

A esa noble villa, que más de una vez invocó como su título más glorioso el de vizcaina originaria y el re-

cuerdo de que sus apoderados se sentaron a la sombra del árbol de nuestras libertades, le queda la gloria de haber formado parte de aquella heroica Cantabria cuyos hijos despedazaron las legiones de Augusto; le queda la gloria de haber sido una gran población, pues a principios del reinado de Don Juan II hizo constar por información auténtica que había tenido 6,000 vecinos; le queda la gloria de haber compartido con Bermeo, hasta que se fundó Bilbao, el comercio de las costas cantábricas; le queda la gloria de que una de sus naves, que formaba parte de las treinta vizcainas con que Ramon Bonifaz despedazó en las aguas de Ceuta la armada berberisca que venía a socorrer a Sevilla, fuese la elegida por el almirante del santo rey Don Fernando para quebrantar la cadena que cerraba el Guadalquivir; le queda la gloria de haber amparado la orfandad del rey Don Fernando IV, criándole, guardándole de sus enemigos y conduciéndole a sus Estados; le queda la gloria del infortunio, que más de una vez le arrebató la mar calles enteras, y el extranjero redujo a cenizas sus casas é inundó de sangre su suelo.

ANTONIO DE TRUEBA.

## ¿A dónde vamos?

No hago esta pregunta admirado ó temeroso del rumbo que al parecer toman los sucesos políticos.

Puedo asegurar que no excita mi interés, ni mi curiosidad, ni mi asombro la nerviosa movilidad con que las agujas ministeriales señalan casi al mismo tiempo a todos los puntos del horizonte.

Sobre este particular tenemos una regla segura a que atenernos.

Hubo en la antigua Atenas un griego empeñado en tener puntería.

Su arco estaba siempre dispuesto, su flecha estaba siempre en el aire, pero jamás daba en el blanco.

Un día, rodeado de atenienses, se preparaba a disputar el premio a los más diestros tiradores de Atenas.

En el momento en que con el arco tendido, la mirada fija y el ademán resuelto iba a lanzar la flecha ligera y aguda, Diógenes, saliendo precipitadamente de entre el grupo de los curiosos, se dirigió corriendo al sitio donde estaba señalado el blanco y lo cubrió con su cuerpo.

— ¡Qué haces! le gritaron los atenienses.

Diógenes contestó: — Ponerme en salvo. Cuando ese hombre se dispone a disparar una flecha, el sitio más seguro es aquel a que apunta.

En este cuento histórico que nos ha transmitido la antigüedad, fundo yo la regla a que me atengo.

Permitame el ministerio esta confianza.

El es el ateniense que da en todas partes menos en el sitio adonde apunta.

El poder en sus manos puede llegar a ser una pistola cargada en las manos de un niño.

La tranquilidad con que todos miramos este espectáculo consiste en una consideración que ocupa el primer lugar en el orden de las consideraciones que se desprenden de este caso, como las piedras de una pared que se desmorona.

Cualquiera discurriendo naturalmente puede hacerse esta reflexión que no tiene vuelta de hoja:

El que no da nunca en el sitio adonde apunta y apunta a la vez a todas partes, es evidente que no le queda más que un sitio donde dar, que es en sí mismo.

Claro es que un gobierno libre tiene que ser dueño absoluto de sus acciones y no hay más remedio que doblar la cabeza ante la legitimidad de un derecho en cuyo ejercicio el poder se empeña en hacerse blanco de sus propios tiros.

Es un suicidio que las leyes nos prohiben impedir.

Digo esto para que se comprenda que la pregunta debajo de la que han nacido estos renglones no iba dirigida al gobierno.

No es una pregunta política ni económica, ni moral, ni social.

Yo no pregunto eso ni a los hombres, ni a las leyes, ni a las costumbres.

Es simplemente una pregunta por medio de la que suscito yo conmigo mismo una cuestión puramente geométrica.

Adviértase que esta pregunta me la hago con tanta más curiosidad, cuanto que ignoro hasta los principios más elementales de la geometría.

No sé medir la tierra más que a pasos, como todos los hombres que andan sobre ella.

Algunas veces, cuando me siento cansado de andar por el mundo, uso otro sistema más cómodo: me dejo caer y la mido con toda la extensión de mi cuerpo.

Con la antorcha de este gran conocimiento entro orgullosamente en el admirable laberinto de la geometría.

Retrocedamos para proseguir. Este es el movimiento eterno y constante del universo, de la naturaleza y de la humanidad.

¿A dónde vamos?

Hay una línea que encorvándose sobre sí misma como un valetudinario, marcha majestuosamente hasta colocar su último punto detrás del primero.

El movimiento progresivo de esta línea traza a los ojos de todos los que no estén ciegos la figura más misteriosa de la geometría: el círculo.

Cadena simbólica de puntos en la que el último cesa precisamente donde empieza el primero.

El hombre es un punto que continuándose desde la

cuna hasta la sepultura engendra el círculo que se llama vida.

La vida, geoméricamente considerada, no es mas que dar una vuelta por el mundo.

El cuerpo humano no hace mas que salir de la nada para volver a la nada.

Véase la direccion del camino que hemos andado, y averiguaremos la direccion del camino que nos queda que andar.

Del bajo imperio de Roma hemos venido á parar, dando una triste vuelta, al bajo imperio de Europa.

Parece que somos los puntos con que va a cerrarse ese inmenso círculo trazado por la historia en el espacio de diez y nueve siglos.

Bien se puede decir que los nuevos bárbaros están á las puertas de Roma.

Estamos en el periodo de incubacion de un nuevo paganismo.

El oráculo de estos tiempos es la Bolsa, el culto son los placeres, la divinidad es el oro.

Parece que se ha sobornado a los pueblos.

Con un puñado de oro y unos cuantos soldados se manejan hoy todas las naciones del mundo.

Los Césares de este bajo imperio son los generales y los banqueros.

Toda la política de estos tiempos está reducida á requerir la espada ó á echar mano al bolsillo.

¿A dónde vamos?

Debemos decirlo con orgullosa satisfacción: Vamos caminando rápidamente á una espantosa prosperidad.

Vamos á llegar al término de nuestro viaje con el bolsillo lleno y el corazón vacío.

En medio de la alegría que debe acometernos ante la brillante perspectiva de nuestra opulencia, nos guía el ojo una triste consideracion.

Llegará un dia en que el dinero será en nuestras manos un elemento inútil.

Nada podremos comprar con él, porque ya estará todo vendido.

La moral es una infeliz, una pobre mujer honrada y honesta de quien nadie se acuerda, porque no muestra el semblante desvergonzado en medio del escándalo público.

Ridícula pretension: ella quiere que los hombres sean justos y los pueblos sean buenos.

La razon moderna solo quiere que sean ricos.

Entre los pueblos y los gobiernos parece que se ha venido á parar a una especie de convenio.

Los pueblos pedían libertad, orden, paz y justicia. A los gobiernos debió parecerles esto demasiado y se entabló un pleito.

Los pueblos no conseguían ni libertad, ni orden, ni paz, ni justicia.

En esto se les dijo: ¿Queréis dinero? contestaron que sí, y empezó esto que se llama prosperidad pública.

Y lo gracioso de este negocio es que se les ha comprado con su propio dinero.

Aquí aparece otra vez el círculo, pero es un círculo vicioso.

Los gobiernos dicen á los pueblos: Dadme dinero y os conservaré el orden. Toman el dinero y con él compran á los mismos pueblos la libertad, el orden, la paz y la justicia.

Y para que todo sea absurdo, los pueblos venden lo que no tienen.

La felicidad de que nos hablan debe estar deducida de esta profunda consideracion:

El ser rico es infinitamente mas cómodo que el ser bueno.

Se vive sin religion, sin virtudes, sin honra.

Esta es una cosa que yo estoy viendo todos los dias.

Sin dinero no se puede vivir.

Las virtudes se han puesto tan caras, que los que las adquieren se arruinan.

Admirable secreto del comercio humano de nuestros tiempos: los que mas ganan son aquellos que ya no tienen nada que perder.

Usted ha alcanzado toda la libertad necesaria para ser malo, pero en cambio está Vd. obligado á ser rico.

Un hombre pobre ya no es mas que un pobre hombre.

La civilizacion esta tocando ya los límites de la barbarie.

El vapor nos lleva tan de prisa, que ya nos estamos tocando las espaldas, como si por un castigo de la Providencia nos viéramos obligados á ir detras de nosotros mismos.

Vamos..., parece mentira, á volver á empezar.

JOSE SELGAS.

en el dia que va pasando, sin ocuparse para nada del que va á nacer; aqui los mismos seres, pero de distinta raza, de otra naturaleza, de diverso gusto, bullen, muévense y agitan; entre los bubis, la dicha es el reposo; entre nosotros, consiste en la actividad. Cualquiera diria que á estas poblaciones las separa una distancia de dos mil leguas, y sin embargo, estan cerca, se conocen, se ven, danse la mano; pero no se comprenden. ¿Cual puede ser el motivo de esta marcada diferencia? ¿Cual el origen de aquellos contrastes? Ciertamente es que hieren la imaginacion, que se tocan a cada instante; pero no es posible explicarlos, ni es dado comprenderlos.

Sus campos sin cultivar, sus plantaciones descuidadas; todo parece que lo fian á la generosidad de la tierra, que sostiene su pereza. Pero ¿qué mas quiere usted que hoy diga para probar su incalificable indolencia? En las puertas de la ciudad los tenemos, tocando a ella puede decirse, y aunque ven trabajar nuestras tierras, observan nuestros desmontes y admiran nuestro cultivo, jamás les ocurre imitarlo, ni la curiosidad tienen de preguntar el porqué lo hacemos. Cuando ya nuestras hectareas desmontadas invaden su humilde choza, levantanla presurosos, como si solo el mirar tendidos dulcemente sobre el mullido césped el incesante trabajo que dirige el europeo, fatigase sus adormecidos miembros y comprimese su abatido espíritu, y en vez de quedarse y tomar parte en nuestra vida, huyen despavoridos para encerrarse de nuevo en las espesas soledades del bosque.

En medio del espesísimo bosque que ha debido desmontarse para la preparacion de la Granja de estudio y observacion que el gobierno colonial se ha propuesto establecer, existen algunas chozas de bubis, ocultas por los ramajes. Hasta allí han llegado las hachas de nuestros crumanes y el zapapico de nuestros emancipados, porque hasta aquel punto llegan las cuatro hectareas de terreno ya preparado. Pero ¿qué dirá Vd. que han hecho los bubis al ver cerca de sus chozas, despejado el horizonte y la ciudad y la civilizacion de frente? Retirarse poco a poco, llevándose sus mujeres, sus cabañas y sus hijos, sus cerdos y sus gallinas.

Les ponemos la civilizacion en las puertas de sus casas para que de ella se aprovechen, pidan la parte que quieran, y sean nuestros vecinos y nuestros amigos; pero todo lo rehuyen y abandonan, porque el terreno que les rodea permanece siempre inculto, jamás lo han trabajado y no le tienen apego; pero ni aun al suelo que pisan, ni al solar en que han nacido demuestran aficion. En vano es proponerles parte en el cultivo, darles otro terreno inmediato para sus plantaciones, respetando sus hogares, usos y costumbres, porque no dan lugar siquiera a semejantes proposiciones, huyendo de aquel paraje para nunca mas volver, porque la vista del cielo les anonada; tan acostumbrados estan a la oscuridad del espeso ramaje en que se envuelven.

¿Qué gustos tan opuestos y qué encontrados parecen! Ellos aman la oscuridad, nosotros buscando siempre la luz; ellos encuentran placer en fomentar mas y mas la enmarañada espesura del bosque, y nosotros solo le hallamos abriéndonos ancho camino a través de ese mismo bosque; ellos no se atreven a respirar cuando los rayos del sol penetran hasta sus chozas, y nosotros no creemos respirar bien si no descubrimos el horizonte. ¿Porqué Dios al criar razas tan distintas y tan opuestas en instinto, gusto y parecer, en usos y costumbres, no dispuso tambien que jamás pudieran encontrarse? De otro modo es inevitable la desgracia de una de ellas. ¿Llegará algun dia de grandeza y de prosperidad para estos seres desdichados? ¿Se levantarán acaso para luchar contra la civilizacion usurpadora y rechazarla al otro lado de los mares? Esto es lo que no podemos todavía adivinar.

Solamente comprendemos perfectamente que el camino que ha de seguirse para llegar a introducir en la masa bubí la idea del progreso, no se ha descubierto todavía, sin duda porque no se ha estudiado profundamente la verdadera índole de estos indigenas. Yo solo puedo asegurar que no se parecen a ninguna otra de las negras que pueblan el Africa y que ya son conocidas.

Mientras tanto, la colonia española no cesa, ni se detiene en su buen propósito de fomentar y cultivar a todo trance esta preciosísima y rica isla, aunque para ello deba prescindir de la cooperacion y el auxilio de sus habitantes. El establecimiento de aclimatacion, situado en Santa Cecilia, se halla ya terminado, pues únicamente falta para poderse habitar que se concluya de secar la pintura. Los desmontes y plantaciones hechos al rededor son inmensos, y ahora solo falta la construccion de una caballeriza, para que aquel establecimiento esté completo.

La salud que disfrutamos es excelente, porque el clima de esta isla, segun hemos demostrado, sin temor de ser desmentidos, es el mejor y mas saludable de toda el Africa occidental.

Se ha aumentado recientemente la Granja de estudio y observacion con mil plantas de café que cogen una hectarea de terreno, y otra de cacao, que con las dos anteriormente sembradas de algodón, son las cuatro primeras que el gobierno tiene ya entregadas a la explotacion. ¿Qué porvenir tan risueño se nos presenta al observar la lozania y abundancia de este primer plantío! ¿Cuántos calculos prodigiosos de fortunas colosales se han debido hacer a su vista! Jamás nos cansaremos de elogiar esta excelente disposicion, y tampoco debemos desconocer lo hábilmente preparado que ha sido el terreno, separando las hectareas por anchas calles que, rodeadas de platanales, seran uno de los mas deliciosos

paseos, así como es hoy objeto de la curiosidad y admiracion de los extranjeros el ver el acierto y actividad con que se dirigen los trabajos. Dos meses escasos han pasado desde que se sembró la primera hectarea de algodón, y ya vemos estas lozanas plantas todas cubiertas de fruto.

El cultivo del algodón, objeto hoy de la preferente atencion de los hombres pensadores que estan estudiando el medio de conseguirlo sin tener que depender de América, se da admirablemente en esta isla. Pero no es nuestro animo aventurar datos; pronto podremos ofrecer sobre hechos practicos, resultado de los ensayos que ahora se estan haciendo, los verdaderos rendimientos que puede dejar esta cosecha en Fernando Póo.

Sabido es que en el año de 1785 la importacion de algodón americano en Inglaterra fué solo de cinco pacas, y en el año de 1860 llegó a ser de cinco millones de pacas, cifras que nos demuestran el desarrollo extraordinario que en aquel pais ha tenido su cultivo por las ventajas que produce. Ahora se ha ensayado con mejor ó peor éxito, en la India, en la Australia, en Egipto y en Argelia, pero en ninguno de aquellos puntos ha podido competir esta importante produccion con la de América. Falta estudiar el Africa occidental, en donde ya los portugueses, convencidos de las excelentes condiciones con que se da en sus colonias de San Pablo de Loando, han votado veinte millones de reis anuales y ofrecido un donativo de tierras en términos muy ventajosos á los capitalistas de todas naciones que con ese objeto quieran establecerse allí. Tambien nuestro gobierno tenia tomadas medidas muy liberales para los cultivadores de algodón en Fernando Póo: por eso vemos con gusto que son varias las empresas extranjeras que piensan establecerse en esta isla, y es de suponer que nuestros compatriotas no se quedaran atras.

El Africa occidental esta llamada a ser la rival poderosa de América, porque reúne las condiciones mas excelentes para la cultivacion en grande escala del ramo de algodón, porque es la que puede, en nuestro concepto, producirlo mas barato. En el año pasado, aun siendo todavia desfavorables las condiciones del cultivo respecto a la produccion económica, el coste del algodón en Angola era de tres a cuatro peniques la libra, y su calidad excelente; pero es verdad que allí esta tolerada la esclavitud, y la manutencion del esclavo apenas cuesta treinta reales al mes por cabeza. En Fernando Póo, donde la esclavitud ni existe ni se tolera, puede, sin embargo, darse en muy ventajosas condiciones, porque si a ello se dedican empresas conducidas con inteligencia, energia, capital y brazos, encontraran un suelo fértil, un clima favorable, no solo al algodón, sino tambien al café y cacao, y la proteccion de un gobierno liberal que desea animar toda clase de progreso, y que á este fin facilita los medios necesarios, concediendo gratuitamente los terrenos y la libre introduccion de maquinas y herramientas para su cultivo y explotacion.

Pero si esta colonia se quiere que algun dia sea lo que esta llamada a ser, rica y productora, es necesario que el gobierno continúe en el buen camino comenzado desde su fundacion, dispensando toda la libertad posible á la agricultura, a la industria y al comercio; porque segun el dicho de un célebre hombre de Estado del reinado de Carlos III, estos tres elementos, que revelan por si solos la grandeza de una nacion, requieren alas para volar y no grillos que los sujeten. Y no debemos solamente limitarnos a desear estas franquicias tan útiles como convenientes, sino que tambien debemos pedir que se promueva y proteja la inmigracion a estas islas, y aun si fuera dado, que se otorgasen los mismos fueros que en tiempo de Don Fernando el IV se concedieron a la ciudad de Gibraltar respecto a las mujeres, que merecieron la confirmacion de Enrique IV en 1462.

Tampoco deben, en nuestro juicio, regir en esta isla, uno de los puntos mas concurridos por los barcos que vienen al Africa occidental, las rigurosas leyes sanitarias establecidas en la peninsula, porque su practica en estas regiones bastaria por si sola para destruir, de una vez para siempre, las mas lisonjeras ilusiones que sobre su fomento y prosperidad nos pudiéramos formar. Las determinaciones y medidas sanitarias que hayan de formarse deben, por ahora, dejarse al buen juicio y criterio de los gobernadores, porque ellos mejor que otro alguno estan en el caso de adoptar aquellas que sean suficientes para conservar la salud pública, sin menoscabo de los sacratísimos intereses de una colonia naciente, sin perjuicio de la metrópoli, y sin alarmar á nadie. Esto tambien pedimos al ilustrado gobierno de S. M., porque sinceramente deseamos el fomento y prosperidad de tan ricas posesiones.

EL COLONO.

### La colonizacion de Fernando Póo (1).

A pesar de los escasísimos recursos con que este gobierno cuenta, si fijamos la atencion en la vida de un pueblo de bubis, aun en los mas cercanos á la ciudad, y en el movimiento que en esta se despierta de dia en dia, no podremos menos de confesar que la civilizacion nada puede con esta raza especial que por nuestra desgracia puebla la isla de Fernando Póo. Allí los hombres dejan deslizarse dulcemente la vida, sin pensar siquiera

(1) Tomamos este artículo de una correspondencia que publica el *Constitucional* de Madrid, porque nos parecen muy curiosas las noticias que contiene sobre las costumbres y el cultivo de Fernando Póo. (N. DE LA R.)

### El general Oudinot, duque de Reggio.

El general Oudinot, duque de Reggio, que ha muerto el 7 de julio último, era el hijo primogénito del mariscal de este nombre creado duque por Napoleon I, y que falleció en 1847. El general Oudinot habia nacido en 1791 en Bar-le-Duc. Hizo con su padre la campaña de Zurich, y entró en los pages del emperador, quien le nombró alférez en el 5º de húsares. Entonces vino a ser edecan de Massena, y a su lado fué testigo de las vicisitudes de la expedicion de Portugal. En Rusia ganó las charreteras de capitán y la cruz de Honor, y se dis-

tinguió en la campaña de Francia. En 1814 era comandante de escuadrón.

Nombrado coronel por Napoleon, despues de su abdicacion, Oudinot fué confirmado en este grado por el conde de Artois. Durante los Cien Dias permaneció fiel á los Borbones. En 1824 ascendió á mariscal de campo, y recibió el encargo de reorganizar la escuela de Saumur. Despues de la revolucion de julio dió su dimision, y hasta 1835 no entró de nuevo en actividad; algunos meses despues de la muerte de su hermano, que pereció en Africa, pasó á la Argelia, donde tomó parte en las fatigas de la campaña, alcanzado el grado de teniente general.\*

En 1842 M. Oudinot volvió á la cámara de diputados y votó con la oposicion dinástica.

Cuando la revolucion de febrero, fué elegido miembro de la Constituyente, y ya en marzo de 1848 estuvo á la cabeza del ejército de observacion reunido á la falda de los Alpes. Reelecto para la Legislatura, fué puesto al frente de la expedicion contra la república romana en 1849.

Despues de un descalabro que le hizo sufrir la legion de Garibaldi, comenzó el sitio, y Roma fué tomada. El general Oudinot, nombrado gran cruz de la Legion de Honor, entregó el mando al general Rostolan, y volvió á tomar su asiento en la Cámara, siendo uno de los diputados que protestaron contra el golpe de Estado del 2 de diciembre, por lo cual fué preso con sus colegas, y pasó algunos dias en el fuerte de Vincennes. Desde aquella época no ha salido de la vida privada.

Nuestro grabado es copia de un dibujo hecho en Italia en 1849 por Raffet, quien compuso sobre todas las fases del sitio de Roma



El general Oudinot, duque de Reggio.

una série de vistas llenas de interés.

De los cuatro hijos del mariscal duque de Reggio, los tres mayores han muerto en el servicio; y el nombre de Oudinot solo se halla hoy representado en el ejército por el mas joven, nacido en 1822, y actualmente coronel del primer regimiento de lanceros. H. C.

### Campamento

DE LOS SPAHIS

EN SAINT-MAUR.

El pequeño campamento de los spahis, situado en el llano de Saint-Maur (cercañas de Paris), se compone de tres hileras de tiendas perfectamente alineadas; las que se ven detrás son de los oficiales.

Los caballos se colocan delante de las tiendas sobre dos hileras abiertas, y con bastante espacio en medio para contener los depósitos de forraje. Estos animales se hallan como en Africa, atados á la estaca y á la cuerda.

Los hombres no hacen caso de la paja que se les da para tenderse, y duermen sobre esterros ó alfombras debajo de la tienda, cuando no prefieren la tierra pelada. Al lado del campamento hay dos tiendas parecidas á las de la tropa, una de ellas que sirve para cuerpo de guardia, y la otra para café moruno. Además en las inmediaciones y en el interior del campo se ven *gourbis* (especie de cabañas ó casitas) formadas con ramas de árboles; finalmente, una fragua de campaña se halla establecida al extremo de la línea de tiendas del centro, y todo el campo está cercado con palos plantados en la tierra, y á lo largo de los cuales reina una línea de alambre.

Una curiosidad de es-



Campamento de los spahis en el llano de Saint-Maur (cercañas de Paris).

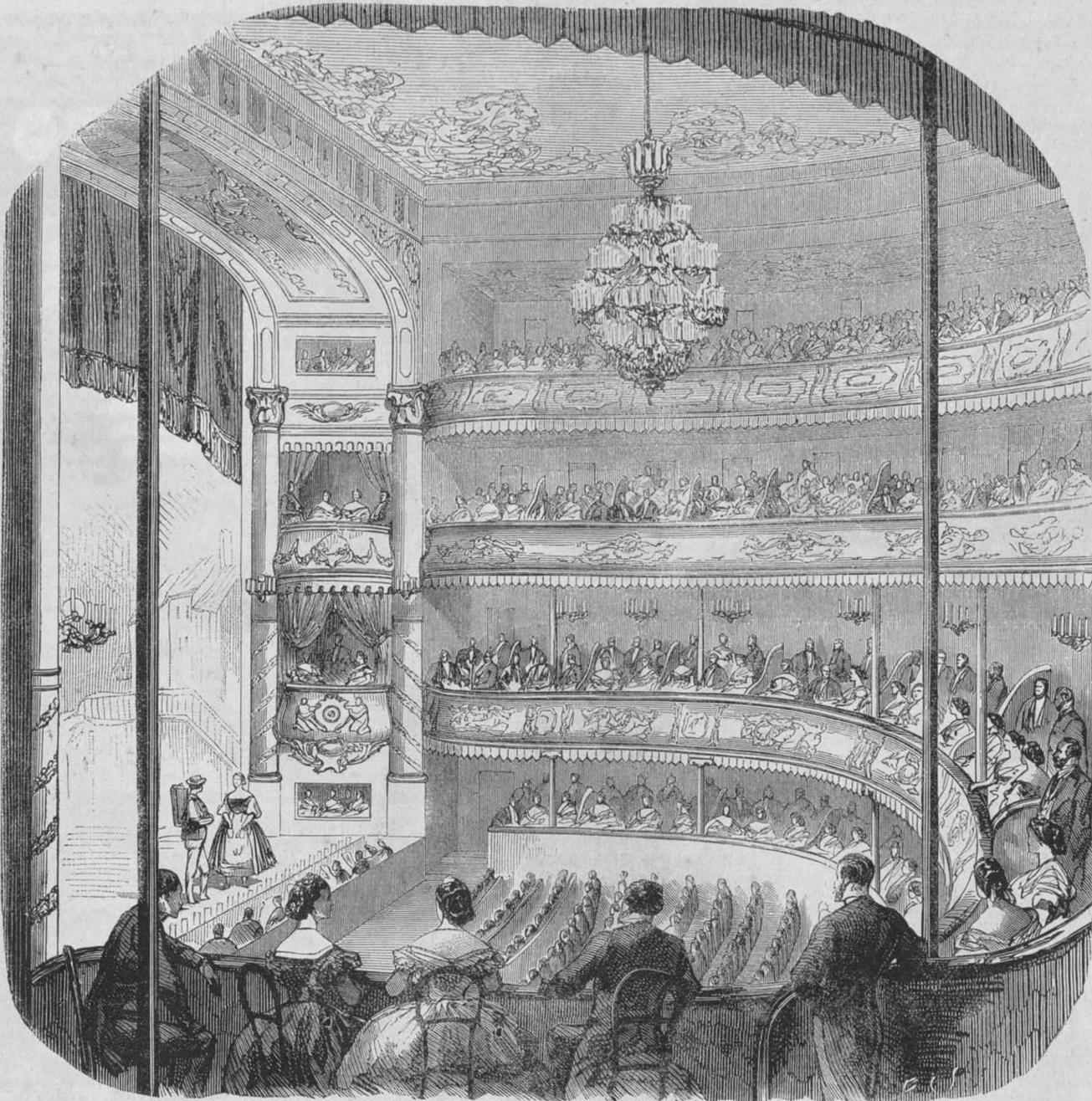
te campamento árabe es el establecimiento de las cocinas, que se componen lisa y llanamente de agujeros practicados en la tierra, y en los cuales encienden la lumbre que sirve para asar los carneros ó para hacer cocer el rancho al aire libre. Las comidas tienen lugar á las diez de la mañana y á las cinco de la tarde. La primera se compone de arroz sazonado con manteca, y la segunda de carnero con el indispensable cuscussú. Aquellos que no tienen bastante cantidad de este último artículo, le reemplazan con patatas.

Todas las mañanas pasean dos horas á los caballos, y luego la limpieza, las distribuciones y el servicio del campo ocupan en parte el resto del día. Por la tarde á la fresca los spahis, acompañándose con instrumentos árabes, entonan sobre un compás largo y monótono los cantos de sus montañas, ó bien van á fraternizar con la guarnición de Vincennes. P. P.

**Nuevo teatro DE VARIEDADES EN GINEBRA.**

Hé aquí un dibujo que representa la sala del nuevo teatro de Variedades en Ginebra.

Este teatro, inaugurado el 1º de julio últi-



Nuevo teatro de Variedades en Ginebra.

mo, es obra del ingeniero cantonal Reymond, y ha sido adornado por artistas parisienses: excepto el grueso de la obra, todo lo demás es de París, arañas, decoraciones, telones, máquinas, accesorios, etc.

Una compañía francesa ejecutará en él las mejores piezas del repertorio moderno, comedias, vaudevilles y operetas. Finalmente, para consagrar al arte francés de un modo oficial este nuevo teatro, Roger, el eminente tenor parisiense, hizo los honores de la inauguración al público ginebrino en una serie de magníficos conciertos.

P. P.

**Monumento**

DEL PRINCIPE ALBERTO.

Se va á erigir en Londres un monumento á la memoria del principe Alberto, que estará situado en el extremo de Rotten-Row, cerca de Kensington-Gardens, y enfrente de los jardines de la Sociedad de horticultura. Este monumento se compone de una especie de dosel en forma de bóveda al que se llega por una escalera rectangular, y debajo se halla la estatua del principe Alberto sentado y revestido de las insignias de la orden de la Jarretiera. La estatua se encuentra sobre un



Monumento del principe Alberto en via de ejecucion en Londres.

vasto pedestal, en cuyos cuatro ángulos se elevan columnas de granito que sirven de sosten al dosel. Este pedestal está adornado de bajo-relieves que representan, en figuras del tamaño natural, la Pintura, la Música, la Escultura y la Arquitectura. El dosel estará revestido exteriormente de bronce dorado, así como la aguja que le corona, y en el interior ofrecerá mosaicos figurando las principales escenas de la vida del príncipe.

Este monumento, cuyo autor es M. Jorge Gilberto Scott, se halla ya en vía de ejecución, y todo hace creer que pronto estará terminado. L. M.

### Revista de Paris.

Se han comenzado en los jardines de Tullerías los preparativos para la fiesta del 15 de agosto, que según se dice ofrecerá este año mas novedad que de costumbre. A la hora en que escribimos aun no se ha publicado el programa, pero ya sabemos que la fotografía suministrará esta vez nuevos elementos á los organizadores de la fiesta. Se asegura que la iluminación de los Campos Elíseos representará motivos de decoración tomados del arte mejicano, y que los fuegos artificiales figurarán el panorama de la ciudad de Méjico, copiado de fotografías llegadas recientemente á manos del gobierno. Además, se habla de una diversion sin precedente, cual es la de un baile público que á la conclusion de los fuegos artificiales se abrirá en el palacio de la Industria, espléndidamente adornado. Finalmente, se afirma que tambien el 15 de agosto se inaugurarán cuatro boulevares, y aparecerá en lo alto de la columna de la plaza Vendome la estatua de Napoleon I vestido de emperador romano.

Excelente ocasion para las compañías de los ferro-carriles, y que sin duda no dejarán de aprovechar estableciendo « trenes de placer » en todas direcciones. Ahora la distancia apenas se toma en cuenta cuando se trata de estas excursiones á precio reducido. En un principio estos trenes llamados de placer se organizaban solo para ir á San German ó á Versailles; luego se llegó á Fontainebleau, á Dieppe, al Havre; despues se adelantó hasta Inglaterra y Alemania, y hoy se piensa nada menos que en fundar trenes de placer para la América, es decir, un paseo de tres meses, que costará la friolera de tres mil francos. Se saldrá de Saint-Nazaire con destino á Veracruz para visitar Puebla y Méjico. La progresion está bien marcada, y al paso que vamos es de esperar que un día se nos ofrezca una expedicion á la China ó un viaje redondo por el mundo á un precio accesible á todas las fortunas.

Como habíamos anunciado á nuestros lectores, el juéves último ha tenido lugar en la sesion anual de la Academia francesa la distribucion de los premios Montyon y demás recompensas acordadas á las obras literarias, históricas y morales. Nada mas hermoso é imponente que esta solemnia destinada sobre todo á coronar las virtudes humildes, perseverantes, ignorantes á veces de su propio mérito, y es una noble idea el reservar, entre tantas recompensas concedidas por tan distintos títulos, una ancha márgen á las buenas acciones inspiradas por el amor al prójimo. Hay algo en efecto, que entenece y dilata el corazon, al oír aclamar de repente ante la Francia entera esos nombres oscuros, esas acciones admirables en su sencillez. Imposible nos seria hacer comprender mejor el verdadero carácter de esta fiesta consagrada al bien, que citando las siguientes palabras tomadas del discurso de M. Saint-Marc Girardin, que en calidad de director de la Academia tenia la agradable mision de otorgar los premios:

« La Academia, dijo el ilustre director, ha tenido que decidir este año entre ciento seis competidores: ¿qué serian ciento seis buenas acciones para una poblacion de treinta y ocho millones de almas? La parte contributiva de cada uno de nosotros en este contingente seria bien pequeña, pero ya sabemos que la mayor parte de las buenas acciones nos son ignoradas...

Entre nuestros tres primeros premios, hay dos que pertenecen á la clase de las virtudes continuas y pacientes, y uno de ellos le ha tocado á un antiguo marinero, esclusero en Thouerac, cerca de Angulema, que ha salvado no sé á cuántos infelices, que sin él habrían perecido en las ondas. Es verdad que Milasseau (este es su nombre) reúne la perseverancia al ardor; esto es, posee los dos géneros de heroísmo. Tambien me complace en él la severidad de sus buenos sentimientos.

Una vez despues de haber salvado á un hombre que habia caído al agua, su primera pregunta fué:

— ¿Y es un hombre honrado el que acabo de libertar de la muerte?

— Sí.

— Me alegro; he tenido suerte.

Sin embargo, Milasseau hace bien en salvar á las personas antes de saber quiénes son, pues esto le ahorra toda incertidumbre.

Otra de las personas premiadas, Mlle Guittaud, no merece menos admiracion que el esclusero. Mlle Guittaud ha consagrado toda su fortuna á crear en Chambéry un refugio conocido con el nombre del Buen Pastor, que ha servido de asilo á un crecido número de niñas, y que existe desde hace treinta años. « No es posible leer sin emocion, añade el director de la Academia, en las relaciones que nos han sido enviadas acerca de la vida de Mlle Guittaud, cómo gracias á su caridad ardiente y perseverante, ha venido á ser en la Saboya una especie de poder y de autoridad. »

Entre las demás acciones virtuosas citadas en el discurso de M. Saint-Marc Girardin, hay un rasgo que interesó vivamente al auditorio. Traducimos textualmente:

« Una piadosa y santa jóven se ha consagrado desde su juventud al cuidado de los pobres, convirtiéndose en su ciudad natal en enfermera de las personas abandonadas por su miseria ó por la naturaleza repugnante de sus enfermedades.

Era esta jóven muy hermosa, y como tuviera un pequeño patrimonio, se empeñaron en casarla; pero ella respondió:

— No, no quiero ser infiel á los pobres y á los enfermos; ellos constituyen mi matrimonio.

Y prosiguió cuidando á sus enfermos, saliendo sin cesar sola y á todas las horas del día y de la noche, siendo respetada y conocida de todos.

No obstante, sucedió una vez que un hombre, sin duda un forastero, la siguió, se la acercó, y la hizo indignas proposiciones.

— Venid conmigo, respondió la piadosa enfermera sin cortarse.

Y llevó al hombre á no sé qué miserable guardilla donde yacian casi moribundas en una misma cama una madre y una hija á quienes cuidaba hacia mucho tiempo.

— Hé aquí mi gabinete, exclamó la jóven.

Y el hombre se estremeció, reconoció el lazo de caridad en que habia caído, y arrojando el dinero que llevaba sobre aquel lecho de dolor, se retiró lleno de confusion y de respeto. »

M. Saint-Marc Girardin pronunció al terminar estas palabras, que deben ser escuchadas en todos los países:

« Las solemnidades como esta que hoy nos reúne, son manifestaciones de la fuerza moral de nuestra sociedad, y cuanto mayor es la parte que la sociedad toma en ellas, no solo con su aprobacion, sino con su atencion, con su curiosidad, mas coopera á nuestra obra, y mas aumenta su utilidad, si puedo expresarme en estos términos. Deseamos que los premios á la virtud se popularicen; casi íbamos á decir, para emplear una palabra á la moda, deseamos que se descentralicen, y no sin un vivo placer hemos visto que la Academia de ciencias y bellas letras de la ciudad de Aix habia podido tambien, gracias á la fundacion de uno de sus conciudadanos, otorgar un premio de virtud, y como nosotros los otorgamos, es decir, á una persona que no creia haberle merecido. La buena condicion en efecto de nuestros premios de virtud, es que no sorprenden á nadie, si se exceptúa á aquel que los recibe. »

Hé aquí el número y valor de los premios:

Uno de tres mil francos; dos de mil y quinientos cada uno; tres de mil, y quince de quinientos.

Verdi ha estado en Paris estos últimos días dirigiendo los ensayos de su ópera las *Visperas sicilianas*, que se han vuelto á poner en escena en la Academia imperial de música, y con este motivo ha ocurrido un lance desagradable entre el famoso compositor italiano y el director de orquesta del teatro. En el penúltimo ensayo Verdi creyó observar cierta mala intencion en varios de los músicos, y se quejó con bastante severidad á su jefe M. Dietsch, y como la respuesta de este no le pareciera satisfactoria, se retiró inmediatamente y se fué á la calle. A consecuencia de este suceso M. Dietsch ha debido hacer dimision de su cargo, habiendo sido reemplazado por M. Hainl, director de orquesta del teatro de Lyon. No obstante esta satisfaccion que ha querido darle el ministro, Verdi no ha vuelto á poner los pies en la Opera, y ha salido de Paris con direccion á Italia.

Entre tanto, las *Visperas sicilianas* se cantan con menos fortuna que en la época en que se estrenaron, es decir, en junio de 1855. A decir verdad, entonces habia tambien lo que no hay ahora, la Exposicion universal, que tenia á Paris inundado de gente, y la sala de la Opera se llenaba de espectadores de todas las naciones, sin contar con que entonces la Sofia Cruvelli lucia su hermosura y sus talentos en el papel de la duquesa Elena. Así el éxito fué prodigioso; pero se prolongó únicamente hasta que se cerró la Exposicion, y concluyó su ajuste la Cruvelli.

En el día nada se ha descuidado para resucitar dignamente esta ópera: el compositor ha dirigido los ensayos; Villaret ha tomado la parte que cantaba Gueymard, y Mlle María Sax la de la Cruvelli; Obin y Bonnehé, dos artistas de mérito, han conservado sus papeles. En suma, la ejecucion no deja nada que desear, toda vez que el papel de Elena ha debido sufrir algunas supresiones. Además, el aria que cantaba Gueymard al principio del cuarto acto ha sido reemplazada con una romanza, en la que Villaret despliega todas las gracias de su preciosa voz; y sin embargo, las *Visperas sicilianas* están lejos de suscitar hoy el entusiasmo que en la época primitiva. Se conoce que entre los extranjeros que sin duda no faltan en Paris este verano, no abundan los apasionados de Verdi como abundaban en 1855.

En la representacion del lunes, un artista secundario, M. Berthier, llamado de repente á Lyon por un despacho eléctrico, fué reemplazado por su compañero M. Mathieu, y esta marcha repentina envuelve toda una historia que vamos á referir aquí, dejando su honor y responsabilidad á M. V. Tery, que es el primero que la ha contado en el periódico la *Europa artista*.

Parece ser que un tío de M. Berthier vivia en Lyon enteramente aislado, en una buena posicion de fortuna. Hacia mas de veinte y dos años que su sobrino, su único pariente, se habia olvidado de hacerle una visita, y como varios amigos del artista le aconsejaban que reparase su negligencia, dos meses atrás M. Berthier se precipitaba en brazos de su tío.

Comieron y conversaron largamente, tanto que á los postres el viejo solteron proponia á su convidado la compra de la casa que habitaba, y que valia y vale aun mas de doscientos mil francos.

El sobrino se vió con sentimiento obligado á decir que no, por la razon perentoria de que en su vida habia visto junta semejante cantidad; pero el tío no por esto se desanimó, antes por el contrario, insistió en el asunto.

— Entre parientes, dijo, se arregla uno; vaya, te haré una proposicion que no rechazarás.

— Veamos.

— Me darás 10,000 francos, y una renta vitalicia de 500 francos.

— Imposible.

— ¿Es mucho aun?

— Seguramente.

— Pues entonces no me darás dinero contante, y añadirás á la renta vitalicia el rédito de los 10,000 francos. ¿Te conviene?

— Ya que se empeña usted...

Y seguidamente se fueron á casa del notario á firmar la escritura de venta.

Ahora bien, no hace una semana el honrado lyonés pasaba á

mejor vida, y M. Berthier, propietario imprevisto de una finca de mas de doscientos mil francos que ha pagado con muy poco dinero, acudia llamado por el telégrafo á las márgenes del Ródano á recoger la sucesion del tío.

En la noche del domingo último la Opera ha perdido una de sus artistas mas queridas del público y mas estimadas. La Emma Livry, al cabo de ocho meses de padecimientos inauditos, ha muerto cuando se la creia en su convalecencia. Las llagas de sus horribles quemaduras estaban ya medio cicatrizadas, ya recibia algunas visitas, ya esperaba renacer á la vida, y para apresurar su curacion se creyó que seria oportuno llevarla al campo.

Con efecto, el 15 de este mes la bajaron del cuarto piso que ocupaba en la calle Laffitte, número 18, y la llevaron en un caruaje con precauciones inauditas entre su madre, una hermana de caridad y un facultativo al palacio de Villiers, en Neuilly, donde la habian preparado el mismo cuarto que tuvo M. Guizot cuando habitó esa hermosa propiedad.

El cambio de temperatura de estos últimos días apresuró su fin; el frio de las noches produjo una fatal complicacion; la enfermedad un momento vencida volvió mas fuerte que nunca haciendo progresos espantosos, y la infeliz jóven murió como una santa, teniendo á su lado al doctor Nelaton, que no se separó de ella un instante en su última noche.

Emma Livry no habia cumplido diez y ocho años todavía. Discípula de la célebre Taglioni, que la habia dado su retrato con estas palabras escritas al pié: « Hacedme olvidar, no me olvideis; » apenas hace tres años que debió en el baile titulado la *Silfide*, y desde su salida á las tablas se conquistó una simpatía general por su juventud, su talento y su gracia. Dos papeles ha creado, la Bacante en *Herculanum*, y Farfalla en la *Mariposa*. Su fama iba creciendo, y un nuevo triunfo la esperaba en la *Muda*, cuando el 15 de noviembre, en el ensayo general se prendieron fuego sus diáfanos vestidos, y comenzó esa larga agonía que ha terminado en la noche del domingo último.

El miércoles se celebraron sus exequias en la iglesia de Nuestra Señora de Loreto, y todo el Paris que venera la virtud, el talento y la desgracia, llenaba el templo y las calles contiguas.

MARIANO URRABIETA.

### Recuerdos de viaje.

#### I.

LAS AGUAS DE VICHY Y DE SPA. — EMS. — HOMBURGO. LAS FIESTAS Y PLACERES DE BADEN Y WIESBADEN.

La estacion exige imperiosamente que abandonemos á Madrid entregado al calor canicular de julio. Enlazados á la Europa vamos á aprovecharnos por vez primera de esta ventaja. Dejemos á los realmente enfermos que busquen la salud, donde la encontrarán sin duda alguna, en las excelentes aguas de Panticosa, en los baños de Fuensanta y Alhama, en los probados manantiales de Cestona, Alzola y Arechavaleta. Nosotros, cuya única enfermedad es el *spleen* social, lo que buscamos son distracciones y placeres. La risueña naturaleza de nuestros valles del Norte ó las asperezas del Pirineo no nos bastan; queremos en el verano la sociedad, el movimiento, la vida del invierno sin su etiqueta y no encerrados en los estrechos horizontes de un salon ó de un teatro. Si entre los placeres del mundo algun manantial salutifero puede curar alguna de nuestras dolencias físicas, tanto mejor; pero esto es secundario para la mayoría de los que desde toda Europa acuden en julio y agosto á los célebres baños de Alemania. Tal vez Carlsbad atrae algunos enfermos verdaderos, aunque sus aguas sirvan este año de pretexto á una entrevista de los dos soberanos de Austria y Prusia; acaso Vichy ofrezca alivio y reposo á la vez al historiador de César, monarca de un gran pueblo; pero basta asistir al espectáculo de Baden, Homburgo y Wiesbaden, para adivinar que no es la salud, sino el placer, lo que allí buscan los que han convertido cada uno de estos sitios de baños en un Paris de Alemania. Algo parecidas debian ser en los tiempos del imperio romano las termas de Diocleciano ó de Caracalla con sus magníficas estancias de mosaico, donde se reunian cinco y seis mil patricios y bellezas romanas.

Considerado bajo este punto de vista, Vichy ofrece escasos atractivos. Sin la hermosa y pintoresca naturaleza del Pirineo, sin los cantos de Luchon, Aguas-Buenas, Bagneres de Luchon, sin la playa de Biarritz, Vichy solo debe su fama á lo salutifero de sus aguas y á la residencia del emperador. Sin embargo, en dos años la modesta ciudad del Loira ha experimentado una trasformacion completa. Magníficos hoteles rodean ya el parque; al lado de la antigua *Source* se ha levantado otro edificio mas bello destinado al propio objeto: lindos *chalets* suizos, entre los cuales se distingue el recién construido, propiedad del emperador, empiezan á prestar á Vichy un aspecto muy risueño. La actividad francesa comienza á concentrar allí todo el *confort* y los placeres de que antes se carecia. La fuente del *Hermitage* y la roca salutifera son el punto de reuniones sumamente agradables: la música, el teatro, los conciertos os hacen parecer menos largas las semanas que vuestra curacion os obliga á pasar en Vichy.

Una cosa parecida decimos de Ems, cuyas aguas salutiferas eran ya apreciadas de los romanos. El sitio es sin embargo mil veces mas encantador, y la cercanía á Coblenza y al magnífico panorama del Rhin, permitiendo las cortas excursiones, le presta grandes atractivos.

vos. Las aguas de Ems contienen grandes elementos de carbonato y de ácido carbónico, excelentes para las enfermedades de los órganos de la respiración, lo son también para una porción de enfermedades del bello sexo, que domina allí. Aunque el tapete verde ha tomado puesto también en aquel lindo establecimiento de baños, que con sus cuatro torres se asemeja a un antiguo castillo, como la sociedad es poco numerosa y en realidad va allí en busca de la salud, el treinta y cuarenta son una cosa secundaria. El Rhin, con todos sus encantos, reclama del bañista el tiempo que puede robar a su tratamiento medical. El hotel de Inglaterra os ofrece todo el *comfort* apetecible, y a precios que no son exagerados.

Homburgo, a diez minutos de Francfort, es el reverso de la medalla. Allí las aguas son el pretexto, el juego, rodeado de todo el cortejo que le acompaña, lo principal. Abierto su cursal en invierno y verano, en tres años Homburgo ha conseguido rivalizar por la magnificencia de sus teatros, de sus hoteles, de sus casas de baños, verdaderos palacios, con Baden y Wiesbaden. Los que han adquirido del pequeño soberano de este Estado el privilegio de explotar durante noventa años los ricos veneros de la ruleta y del treinta y cuarenta, deben realizar ganancias fabulosas a juzgar por los gastos enormes que hacen. Un verdadero pueblo de palacios, como nos figuramos los de Grecia ó Roma, se levanta por encanto allí; pero la naturaleza no ofrece los atractivos poderosos de otras residencias inmediatas al Rhin. La ventaja de Homburgo es la intermediación de Francfort, de cuya importante ciudad puede decirse constituye un arrabal.

Spa, en las fronteras de la Bélgica y la Prusia, a media hora de la industriosa Lieja y de la histórica Aquisgram, presenta en pequeña escala y con tintas más modestas, la animación y los placeres mundanos de Baden con la fisonomía poética de los baños del Pirineo.

Parece indudable que el czar Alejandro I, Pedro el Grande y Luis Felipe encontraron en sus aguas salubres remedio a males muy agudos, y su gratitud, como la de otras celebridades, se ha perpetuado en columnas, estatuas y obeliscos. Las fuentes termales de Spa son diez y seis, y lo que les presta cierto encanto original, es que cada una de ellas constituye una excursión distinta al través de la más bella naturaleza. Los bosques, las montañas, los valles, esconden estos manantiales tan populares en todo aquel contorno, que más de una vez encontráis mujeres arrodilladas ante aquellas fuentes de la salud y de la vida, sobre cuyas aguas ha pasado el soplo celeste. La linda gruta cristalizada de Remonchamps y la cascada del Cò, aunque muy inferior a las magníficas de Suiza, ofrecen campo de excursiones a los que no se satisfacen con oír la música que toca en los parques de Spa ó en los salones del cursal, como preludio de las emociones de la banca.

Apresurémonos a llegar a Baden-Baden, donde nos esperan cuarenta mil extranjeros venidos de todas las partes del mundo, y que han hecho de aquella modesta residencia de sus duques un verdadero Londres ó París, con todas sus delicias y hasta con sus atentados a lo Orsini; testigo el del año último contra Guillermo de Prusia. Baden, que empieza a ser muy concurrido de una parte de la sociedad española, en que el elemento aristocrático se separa de otros círculos que van a buscar allí lo que no encuentran, es uno de los sitios más deliciosos para pasar el verano y aun los primeros días del otoño, en que tienen lugar las grandes carreras de caballos. Su situación admirable en el centro de la Europa, inmediata al Rhin y a la Selva Negra, le atrae un número inmenso de ingleses, alemanes, franceses, rusos y aun italianos. Las ruinas pintorescas de su antiguo castillo, su lindo paseo que termina en el monasterio de Lichtenthal, objeto de tantas leyendas germanicas, su palacio, al que ha prestado celebridad la reciente reunión en él de los primeros soberanos del continente, las excursiones a Zeabelberg, la magnificencia de sus termas ó *Trinkhalle*, galería de bebedores, lo animado de su cursal, la excelencia de sus hoteles, sus ferias, conciertos, representaciones teatrales de ópera y verso por los primeros artistas de Italia y de París que se dan cita allí; todo contribuye a que el tiempo pase insensiblemente para los que han tenido el valor de desafiar los desengaños y los peligros del tapete verde, el gran enemigo de los placeres en Baden, por lo mismo que de él salen todos los elementos de su esplendor. Los hoteles de Victoria y de Inglaterra os ofrecen en Baden, a precios muy razonables, un confort al que solo es comparable el de las mejores fondas de la Suiza.

Y sin embargo de su bien adquirida fama, nosotros preferimos a Wiesbaden. Sea que tenga un sello más aristocrático, preferido cual es por las grandes familias de Rusia y de Inglaterra, sea que en el fondo del cuadro también animado de la capital de Nassau se adivine como un fondo de melancólica y poética tristeza, reflejo tal vez de las montañas que lo circundan, sea que su magnífico parque nos fascine, ó que el inmediato Rhin, que desde sus hoteles se divisa, nos atraiga, nosotros, jugadores, preferiríamos el cursal palacio de Wiesbaden al casino de Baden, y simples *touristas* nos perderíamos con preferencia en los bosques que conducen al monte de Neron ó a la admirable capilla rusa, maravilla de las artes y digno sepulcro de la bella princesa Isabel, que en las avenidas que conducen a Lichtenthal.

Wiesbaden, más pequeño, menos bullicioso que Baden, rivaliza sin embargo con este en edificios suntuosos y en placeres. Un teatro diario os ofrece las mejores partituras de la escuela italiana y alemana: un parque

como solo se ven en Londres os presenta mil sitios encantados, el cursal es un palacio más lujoso que las Tullerías, y donde los bailes se suceden a los conciertos, y la imitación de la Alhambra, castillo del duque de Nassau, los jardines de Briberich, los bosques de la Plata, las músicas austríacas sin igual en el mundo, los paseos por el Rhin desde Maguncia hasta Coblenza, harán de vuestra estancia en Wiesbaden una mansión de delicias. Si sois soltero os alojareis en los hoteles Victoria ó Cuatro Naciones; si lleváis familia, en una de las deliciosas villas que por meses ó quincenas se os presentan a escoger.

Un día nuestras provincias Vascongadas, puestas en íntimo contacto con la Europa, uniendo el confort moderno a la belleza, don del cielo, disputarán a los baños de Alemania el tributo que el continente les paga, y este día, el bañista, al buscar el placer ó la salud, no correrá el peligro de encontrar en ellos su ruina.

## II.

## UNA EXCURSION A SUIZA.

El viaje a Suiza empieza a ser popular en España, que sigue en esta parte las huellas de la Europa. Las damas de nuestra aristocracia comprenden ya que hay en el mundo otros placeres que los del salón y el teatro; los pintores, los artistas, los poetas, van a buscar la inspiración allí donde Rossini la encontró para las admirables armonías de *Guillermo Tell*, que solo se comprenden bien cuando se ha visitado el lago de los Cuatro Cantones, y Byron y Rousseau para sus inolvidables pinturas de la naturaleza y del amor, y hasta nuestros hombres políticos empiezan a fijar su atención en un país sin duda excepcional, pero donde tan perfectamente se enlazan el sentimiento del orden y respeto a la ley con el culto de la libertad. Después del desengaño elocuente que la democracia americana ha dado a sus ardientes admiradores en Europa, diríase que la Suiza pone aun mayor empeño en probar que la forma federal y republicana solo aplicable a pueblos que conservan su carácter primitivo, no es la antítesis de toda paz ni lleva consigo un gran espíritu de propaganda y de trastorno. Por el contrario, hoy el mejor aliado de la confederación es la Alemania monárquica, y la Suiza lleva su respeto hacia el principio de orden, hasta el punto de que ha sido la única potencia que ni aun moralmente ha querido mezclarse en la lucha de la Polonia.

Para el viajero español que por vez primera visite la Suiza, acaso le sea difícil, si su estancia ha de ser breve, abandonar con nosotros las ciudades y los lagos para emprender largas jornadas a pié a los Alpes y a los *Glaciers* ó *mares de hielo* que esconden en su seno. Los ferro-carriles, que atraviesan ya casi toda la Confederación helvética, los lindos vapores que surcan seis ó siete de sus veinte incomparables lagos, la sociedad animada y hasta elegante que se reúne en Interlaken, en Ginebra, en Vevey, en Lucerna y en Zurich, los magníficos hoteles de los Alpes, la Metrópoli, Monet, Suizo y de Baur, sobre el Lago, que cuentan respectivamente cada una de esas poblaciones, con música a la hora de comer, con bailes y conciertos por la noche, os atraerán con irresistible íman.

Y a la verdad que difícilmente sería posible pasar algunas semanas mejor empleadas que visitando en el lago Lemán y teniendo su cuartel general en Ginebra, todos los sitios encantados que Voltaire y Rousseau y Byron os han descrito, el castillo de Chillon, las colinas a cuya falda se asienta Vevey, el curso del Ródano, el sorprendente camino que Napoleón siguió al través del San Bernardo, Chamunix con sus admirables perspectivas. No menos grata residencia que esta y ofreciendo un color poético más pronunciado todavía, es la de Lucerna, el punto favorito en Suiza de las innumerables viajeras distinguidas y algunas muy bellas de la Inglaterra. Instalados en el Swizeroff, hotel que a ningún otro cede, todos los días veis caravanas de jóvenes inglesas que apoyadas en su cayado, su falda recogida, sus botitas y encantador sombrero a lo *Coligny* ó lo andaluz, algunas su pequeña mochila de soldados a la espalda y caminando al lado de su hermano, de su prometido ó de su esposo, que hoy van a subir a las altas cumbres del *Pilatus* ó del *Riggi*, que mañana embarcadas surcarán a remo, pues el vapor se ha hecho ya muy común en el lago de los Cuatro Cantones para abordar en todos los puntos en que se desarrolló la *leyenda* de la revolución helvética. Sobre aquel terreno primitivo de la independencia suiza, en aquel lago que es una obra acabada del cielo, costeados los cuatro cantones que en un principio formaron la confederación, hallareis la pequeña isla donde de noche se reunieron los patriarcas de la Suiza, la costa en que Guillermo Tell arrojó a Gessler y que conmemora una capilla, y al confín del lago, en Altorf, el sitio en que un monumento os dice tuvo lugar la escena del sacrificio preparado de Tell, hijo, en holocausto de la patria común. La historia, modelo de todos los pueblos que quieren ser libres é independientes, la sentís palpitar allí viva y revestida de todos los colores de una poesía que es imperecedera, porque la debe a la naturaleza y a Dios.

Todavía hay otro sitio en la Suiza que para el viajero que por vez primera la recorre reúne todos los encantos de las còrtes y de una asombrosa naturaleza. Dejando vuestro bagaje y fijado vuestro punto central en el asombroso hotel que lleva el nombre de Berna, ó en Tum é Interlaken, es preciso consagrar ocho días, que serán bien cortos, a la visita del *Oberland* ó tierra alta.

Es la Suiza verdadera, donde se conservan todavía las tradiciones, las costumbres, hasta el traje de los tiempos primitivos. Las grandes ciudades han desaparecido: lindos ó toscos *chalets*, como nos los representan los juguetes, cubren los valles y las altas montañas. Inmensas vacadas que pasaran seis meses encerradas en estos *chalets* al lado de las familias suizas, que durante el invierno os fabricaran esos preciosos muebles y juguetes de madera que parecen filigrana, se han apoderado de los Alpes, mientras el calor ha desprendido de sus abundantes pastos las nieves que los cubren. Los hielos eternos cubren las cimas de la Jungfrau, a ocho y diez mil metros sobre el nivel del mar, y las cascadas de Stobach, de Gresbach y otras vienen a alimentar los lagos ó los ríos, que son la belleza especial de la Suiza. No temáis perderos en estas excursiones ó pasar durante ellas las incomodidades que cualquier viaje os produjera en España y aun en otras naciones de Europa. El suizo, que vive con lo que el extranjero deja en su país, lo ha preparado todo para que estos viajes sean todo lo confortables posible. Allí donde puede ir el carruaje, este os llevará por un precio moderadísimo: en las sendas de los Alpes tendréis excelentes caballitos cuyo pié no resbala jamás; donde es preciso hacer el viaje a pié, hay guías de una honradez y de un celo proverbial, y si perteneciendo al sexo débil, no estais acostumbrada a marchar por las montañas, no os faltarán sillas portátiles en que brazos robustos os elevan hasta las más altas cimas de los Alpes. En el valle como en el monte, en la orilla del lago como al pié de la cascada, junto a las nieves eternas ó a la margen de la caída del Rhin ó de otro cualquier sitio pintoresco, os esperan *hoteles* magníficos ó cuando menos fondas excelentes ó cabañas perfectamente surtidas de todo para reparar vuestras fuerzas. No es raro que en uno de esos montes, a seis y ocho mil metros sobre el nivel del mar, os reunais un día de agosto ciento ó doscientas personas alrededor de una mesa de fonda, y de seguro podéis contar con que al caer fatigados de emociones ó del cansancio del día en el lecho, al pié de vuestras ventanas voces guturales y armónicas os entonan para dormir y soñar dulcemente algunos de los más poéticos cantares de la Suiza.

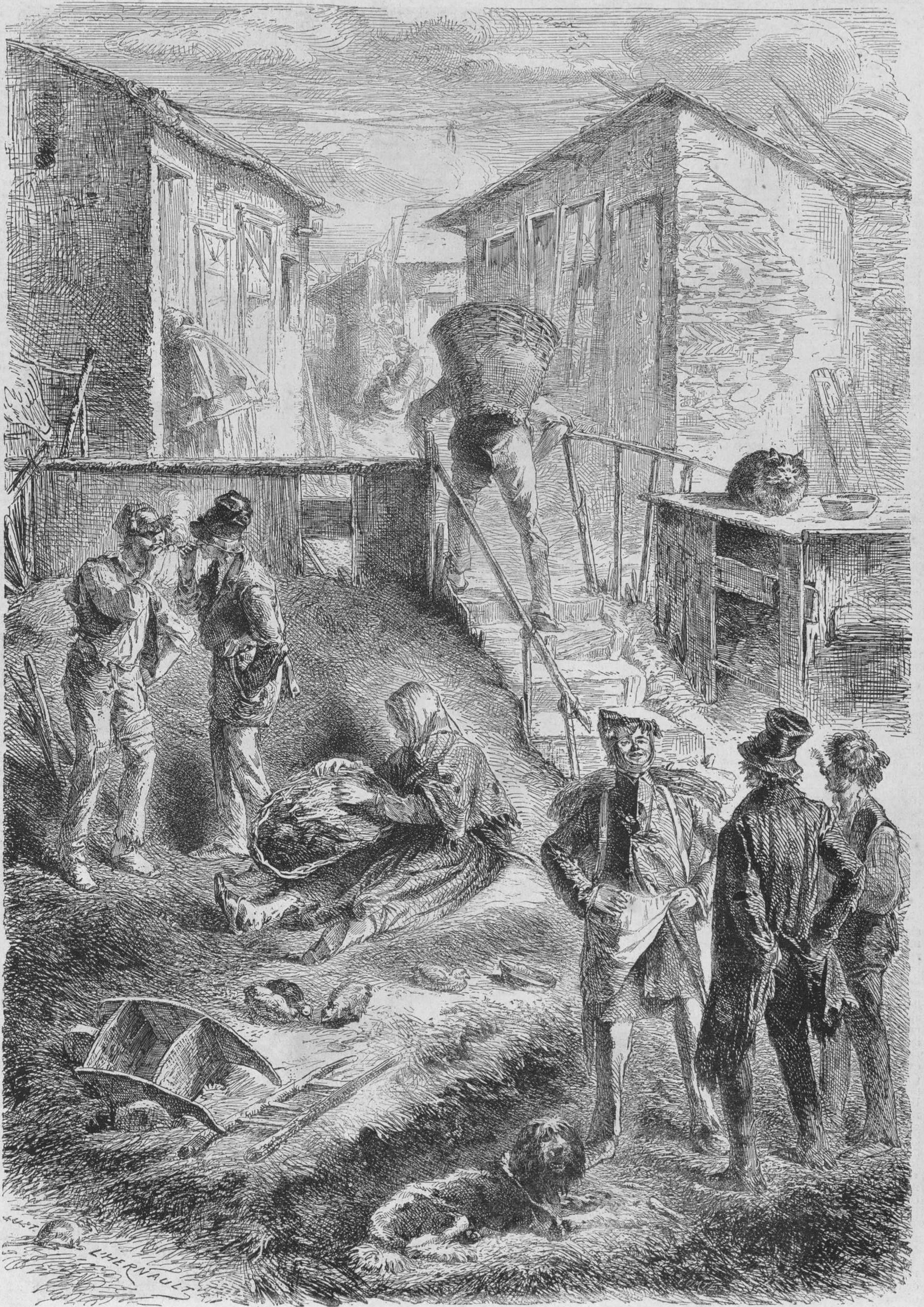
Solo necesitareis una cosa, salud y dinero. Y aunque en los últimos tiempos todo haya duplicado de valor en Suiza por las masas inmensas de viajeros que en ella arrojan los ferro-carriles y los billetes circulares de recreo, debemos advertir a los padres de familia ó esposas alarmadas, que nunca pasará el gasto diario de cuatro duros, comprendidos los billetes, si dos, cuatro ó seis personas marchan reunidas, y no privándose de ninguna clase de goces saben, sin embargo, no tirar el dinero. En cuanto a los jóvenes, que tienen costumbre de marchar media docena de horas a pié, intercaladas durante el día con pequeños viajes sobre los vapores, las excelentes diligencias suizas y los wagones de segunda clase, que son verdaderos salones, bien puede fijarse su gasto en dos duros diarios, con tal que coma en las *tables d'hote*, y se contenten para almorzar con huevos fresquíssimos y café con leche, pan, manteca, queso y miel blanca, cual no lo tomará en parte alguna de Europa.

Así vamos a viajar nosotros, y fatigados ya del mundo y de la sociedad, buscando la naturaleza en lo que tiene de más grandioso, os abandonamos la vida fácil y encantadora de Ginebra y de Vevey, la animación de Lucerna en el verano, las fiestas de Interlaken y de Berna donde se agrupa la sociedad inglesa y rusa, Chamunix que la Francia ha colocado bajo su patronato, Zurich y Constanza con sus lagos, que atraen los viajeros de la Italia y la Alemania, para perdernos en las cimas del Monte Blanco, en las cumbres del San Gotardo y del Splügen ó en las montañas del Simplon y del San Bernardo. Allí, pasaremos los días, ó en los *chalets* de los pastores suizos, ó en los hospicios y monasterios erigidos en las más altas cimas de los Alpes y en los cuales excelentes religiosos ó corporaciones formadas con el humanitario fin de socorrer al viajero en los meses terribles del invierno, os ofrecen generosamente mesa y hogar. Al partir depositaremos nuestra ofrenda en la caja de los pobres. Así desde aquellas altas cumbres divisaremos los valles de la Italia, teatro desde Anibal hasta Solferino de sucesos tan grandes, pasaremos por donde entre nieves pasó el ejército de Italia, veremos el nacimiento del Ródano, del Rhin y del Danubio, preguntándole cual es el secreto del porvenir en los países que bañan sus caudalosas aguas, que salen modestas y nevadas de los mares de nieve de la Suiza y de los Alpes.

Pero antes nos llama el tiro federal de la Chau-de-Fonds, capital de Neuchatel, el más moderno de los cantones de la república, ayer todavía parte de la Prusia. Veinte mil tiradores de la Suiza, del Tyrol, de la Alemania, de la Bélgica, de la Francia, que a su paso por todas las ciudades de Suiza han sido recibidos con músicas, flores, cánticos y banderas, se han dado cita allí para disputarse el premio concedido a los mejores tiradores de aquellas montañas. El Consejo federal y la Dieta casi en masa reunida en Berna han abandonado el examen de los presupuestos y el estudio de la mejor línea que ha de enlazar por el San Gotardo, el Simplon ó el Splügen la Suiza y la Italia, y han acudido a presenciarse esta solemnidad patriótica. Los que no han contemplado esta clase de fiestas populares en Suiza no pueden formarse una idea de ellas. Las ciudades revisten toda la poesía de los campos y de los montes, un pueblo entero, mejor dicho, la nación toda allí representada se confunde en un mismo sentimiento, la patria



La cosecha.



La Cueva de los Leones.

anima con un soplo vivificador á todos sus hijos, Guillermo Tell es el modelo que cada cual quiere imitar, y no hay una leyenda ó un emblema que no tenga su sello alegórico y encaminado á reanimar el patriotismo. Así que no hay medio de rivalizar con los tiradores de aquellas montañas. Este año, como el pasado en Francfort, dos tiradores suizos, Stauf, de Zurich, y Wirzer, de Glaris, en los Alpes, han alcanzado las copas de oro y plata, primeros premios, y sido llevados en triunfo al gran banquete destinado á reunir en medio del campo miles de suizos, de alemanes, belgas, italianos, tiroleses y franceses. Solo ha venido á turbar un tanto el carácter de esta gran solemnidad patriótica algun ligero choque entre suizos y franceses. El sentimiento de desconfianza que ha despertado en toda la Suiza la anexión de la Saboya á la Francia, el recelo de que algun día el Rhin sea por completo un río francés, se traslucía en algunas inscripciones impresas en las banderas ó en algun brindis á la alianza ofensiva y defensiva de la Suiza y la Alemania. Nosotros, que vimos una falta en que el imperio no uniese á la Suiza aquella parte de la Saboya, neutralizada por la Europa y necesaria á su independencia, recordaremos, sin embargo, que si Neuchâtel es el vigésimo segundo cantón de la Confederación, á la Francia y no á la Alemania lo debe la Suiza.

L. E.

### La cueva de los Leones.

Todo el mundo conoce las bellas páginas de la *Nuestra Señora de París* sobre el patio de los Milagros, aquella « monstruosa colmena donde entraban por la noche, con su botín, todos los zanganos del orden social; hospicio mentiroso donde el gitano, el cura renegado, el estudiante perdido, los bribones de todos los países, de todas las religiones, mendigos de día, se trasfiguraban de noche en malhechores. » El patio de los Milagros ha desaparecido, pero nos queda algo que se le parece: la cité dorada, la cité de la miseria, la cueva de los Leones, no carecen seguramente de gracia pintoresca, y tienen su fisonomía particular; en cuanto á la forma, es el mismo patio de los Milagros, pero el fondo es mejor.

La cueva de los Leones se encuentra en el boulevard de la Santé, en una cantera abandonada donde los soldados de las inmediaciones acudían á dirimir sus contiendas. Es una colonia compuesta principalmente de esos industriales que andan por la noche con el farolillo en la mano, registrando los basureros parisienses. La cueva de los Leones no brilla por el lujo, aunque allí las callejuelas y las chozas estén adornadas con los nombres mas pomposos; como verbigracia, las calles de la Paz y de Rivoli, el hotel del Louvre, el hotel de los Embajadores, etc. Sin embargo, justo es decir que los traperos y traperas que viven en semejante sitio, dan poco que hacer á la justicia. Un agente de policía del barrio nos aseguraba que ni él ni sus compañeros habían tenido nunca nada que hacer en la cueva, que el robo es allí desconocido, y que se podría dormir con las puertas abiertas, caso que hubiera puertas.

Esta colonia del ganchito y del farolillo es un paraíso en cuanto á moralidad; en ella se vive aun en la edad de oro.

P. P.

### Los últimos cuentos de Edgardo Poe.

(Continuacion.)

— Hay otro cuadro que no habeis visto aun, me dijo sin parecer notar la indiscrecion que acababa yo de cometer.

Dichas estas palabras, descubrió una cortina y descubrió un retrato de cuerpo entero de la marquesa Afrodita.

Jamás ha trasladado mejor el arte humano una belleza sobrehumana. La vision etérea que se me había aparecido la noche precedente en la escalinata del palacio duca, se presentó de nuevo ante mi vista. Pero en la expresion de aquel rostro que resplandecía la sonrisa, se notaba ¡extraña anomalía! la vaga tristeza que es la compañera inseparable de la belleza ideal. El brazo derecho le tenía cruzado sobre el pecho, y bajada la mano izquierda, señalaba un jarrón de forma extraña. Uno de sus pequeños piés, único que se descubría, parecía tocar apenas al suelo, y detras de ella, y casi invisibles en la brillante atmósfera que rodeaba y divinizaba á la beldad, flotaban dos alas tan delicadas y ligeras como puede imaginarlas la ilusion. Despues de haber contemplado aquel retrato, dirigí nuevamente la vista al rostro de mi compañero, y me vinieron á las mentes estos versos del poeta Capman en su *Bussy d'Amboise*:

Il se tient là;

Comme une statue romaine! Il ne bougera pas  
Avant que la Mort l'ait transformé en marbre!

— Vamos, dijo volviéndose hacia una mesa de plata maciza ricamente esmaltada, en la que se veían copas de raros colores y dos vasos etruscos de forma poco comun, iguales al que el artista había presentado en primer término en el retrato de la marquesa Afrodita, y

lentos, segun me pareció, de vino de Johannisberg. ¡Vamos! exclamó bruscamente. ¡Bebamos! Es temprano; pero ¡bebamos sin embargo!... Si, á la verdad, que es aun muy temprano, repitió con ademán pensativo, mientras un querubín, armado de un martillo de oro, pegaba en un cuadrante para anunciar la primera hora despues de la salida del sol. ¡No importa! ¡Ofrezcamos una libacion á ese brillante sol cuyos rayos tanto desean debilitar los de estas lamparas y pebeteros!

Despues de haberme invitado á que hiciera los honores de la mesa, llenó y vació su copa á sorbos.

— ¡Soñar! continuó acercando una luz á uno de los vasos etruscos de que he hablado. Los sueños han sido la ocupacion de mi vida. Y me he arreglado, como veis, un nido á propósito para causar ilusion. ¿En el corazon de Venecia podía haber construido uno mas favorable? Verdad es que me he rodeado de un caos de adornos arquitectónicos. La castidad del arte jónico está quebrantada por estos embellecimientos antidiluvianos, y las esfinges de Egipto parecen despegarse de un tisú de oro. Sin embargo, solo los espíritus tímidos pueden ver disparates en semejante amalgama. La conveniencia local, y sobre todo la unidad, son las que espantan al hombre y le apartan de la contemplacion de lo magnífico. Hubo un tiempo en que yo mismo sufría la influencia de lo establecido; pero esa locura de las locuras está muy lejos de mi hoy. ¡Tanto mejor! Semejante á estos pebeteros arabescos, mi espíritu se tuerce en las llamas; y el esplendor del cuadro que tengo ante mis ojos me predispone á las visiones mas maravillosas de aquel país de las verdaderas ilusiones que no tardaré en conocer.

Dichas estas palabras, se calló repentinamente, inclinó la cabeza sobre el pecho, y pareció escuchar un ruido que yo no pude percibir. Levantándose por fin, y alzando los ojos, repitió los versos del obispo de Chichester:

Attends-moi là! je ne manquera pas  
De te rejoindre au fond de ce creux vallon.

Pocos momentos despues, vencido sin duda por la fuerza del vino, se dejó caer sobre el diván. Un paso acelerado sonó en la escalera y llamaron precipitadamente á la puerta. Apresurábame á dirigirme á ella para impedir que llamasen de nuevo, cuando se precipitó de pronto en el salon un page de la marquesa Afrodita gritando con voz agitada:

— ¡Mi señora!... ¡Mi querida señora!... ¡envenenada! ¡Está envenenada! ¡Oh, bella, bella Afrodita!

Corrí turbado hacia el diván para despertar al que dormitaba y comunicarle la fatal noticia; pero sus miembros estaban rígidos y sus labios lividos: la muerte había helado aquellos ojos poco ha tan brillantes.

Poseído de horror, retrocedí vacilante hasta la mesa de plata: mi mano tropezó allí con una copa ennegrecida y rota, y comprendí al instante tan terrible verdad.

## II.

ELEONORA.

*Sub conservazione formæ specificæ  
salva anima.*

RAIMUNDO LULIO.

Yo pertenezco á una raza conocida por su fuerza de imaginación y por el ardimiento de sus pasiones. Se me ha llamado loco, ¿pero sabemos acaso si la locura es ó no otra cosa que una inteligencia sublime? ¿Sabemos si mucha parte de lo que se llama gloria, y todo lo que se llama profundidad, no tiene su origen en una enfermedad del pensamiento en ciertas fases de un espíritu que se exalta á expensas de sus facultades generales? Los que sueñan de día conocen muchas cosas que se escapan á los que sueñan de noche. En la penumbra gris de sus visiones unos descubren destellos de eternidad, y se estremecen al despertar de ver que han estado á punto de descubrir el gran secreto. A hurtadillas se apoderan de algunas nociones de la ciencia del bien, instruyéndose aun mas en la del mal, menos rara que aquella. Penetran sin timón ni compás en el vasto océano de la « luz inefable, » y despues, como el geógrafo nubio, « se aventuran en un mar tenebroso para explorar los misterios (1). »

Digame pues que soy loco. Admito al menos que hay dos condiciones distintas en mi existencia mental: un estado de razon lúcida que no sabría negar, relacionándose á la memoria de los hechos que representan el primer periodo de mi vida, y un estado de sombras y de dudas, que pertenece al presente y á los recuerdos de la segunda y grande época de mi individualidad. Así pues, todo cuanto os cuente del primer periodo, debeis creerlo. En cuanto á lo que os diga del segundo, no os pido mas confianza que la que mi relato os parezca merecer. Os es permitido hasta dudar de mi buena fe, y si la duda no es posible, sed el Edipo de este enigma.

He perdido á mi madre muy temprano; tenía esta una hermana, una sola; la que he amado en mi juventud, y cuyo recuerdo traza hoy mi pluma con calma y claridad, era la hija única de aquella hermana. Mi prima se llamaba Eleonora. Habíamos crecido juntos, bajo un sol tropical, en el Valle de las Yerbas multicolores. Nadie penetró nunca sin guía en aquel valle lejano, situado en medio de una cadena de montañas gigantescas y so-

(1) *Aggressi sunt mare tenebrarum, quid in eo esset exploraturi.*

berbias que le rodean por todas partes, formando dulces retiros contra la luz del sol. Ni un solo sendero se había abierto en las cercanías, y para llegar á nuestra feliz morada era preciso apartar con fuerza el follaje de muchos miles de arboles, y hollar con los piés la belleza de millones de flores aromáticas. Hé aquí porqué vivíamos solos, yo, mi prima y su madre.

Un río profundo y no muy ancho se deslizaba por entre las sombras en que estaban sumidas las regiones situadas al otro lado de las montañas, á la extremidad superior de nuestra vivienda tan perfectamente resguardada. Brillaba mas que cuanto hay en el mundo, excepto los ojos de Eleonora, y se ocultaba en las profundidades para desaparecer al fin formando una cascada por entre colinas mas confusas aun que las alturas de donde salía. Le llamábamos el río del Silencio á causa de su tranquilo curso que excitaba al reposo.

No producía el mas ligero murmullo, y serpenteaba tan dulcemente, que las piedras que nos entreteníamos en contemplar en el fondo de su lecho, lejos de moverse, permanecían en perfecta quietud y brillaban como perlas, sin cambiar nunca de sitio.

Las orillas del río, las de tanto riachuelo centelleante que venía á desaguar en él despues de mil tortuosos giros, el espacio comprendido entre aquellas orillas y las profundidades de las corrientes hasta el lecho peñascoso del fondo, la superficie entera del valle, desde el río hasta las montañas cercanas, estaban tapizadas de una yerba aterciopelada, verde, espesa, corta y perfectamente unida, que exhalaba el perfume de la vainilla, brotando entre ella las margaritas blancas, las violetas purpúreas y los asfódelos cuyo color envidiaría el rubí. La belleza de aquel parterre hablaba á nuestros corazones, en los términos mas elocuentes, del amor y de la gloria de Dios.

En medio de aquella yerba se levantaban acá y allá, tomando las formas mas caprichosas, bosques de arbustos fantásticos, de largos troncos, que en lugar de crecer derechos se dirigían formando graciosas curvas en busca del sol, que al medio día bajaba hasta el centro del valle. Su corteza lucía alternativamente ya el negro del ébano ó el blanco de la plata; no habiendo nada en el mundo que pudiera compararse á su tersura como no fuera la megilla de Eleonora; y á no ser por las brillantes y verdes líneas de las anchas hojas que se movían blandamente al soplo de los céfiros, se les hubiera tomado por enormes serpientes de la Siria rindiendo homenaje á su soberano el sol.

Durante largo tiempo Eleonora y yo nos paseamos por aquel valle cogidos de la mano, sin que el amor penetrase en nuestros corazones; pero un día al principio de la tarde, ella tenía quince años y yo veinte, nos hallamos sentados y encadenados por nuestros brazos á la sombra de aquellos arboles, mirando nuestra imagen en las aguas del río del Silencio, que corría á nuestros piés. No pronunciamos una palabra en todo el resto del día, y aun al siguiente nuestras frases fueron escasas y nuestros labios temblaban al pronunciarlas. Habíamos sacado al dios Evos del fondo de aquella corriente, y sentimos que acababa de encender en nosotros el ardor que había consumido el alma de nuestros antepasados. Las pasiones y caprichos que habían distinguido á nuestra raza durante muchos siglos, difundieron una felicidad delirante en el valle de las Yerbas multicolores, é inmediatamente mudó todo de aspecto.

Flores extrañas y brillantes á manera de estrellas aparecieron repentinamente sobre los arboles, donde jamás se había visto brotar un botón. El césped tomó un color verde mas subido, y cuando las blancas margaritas desaparecieron una á una, salieron en su lugar centenares de asfódelos de un rojo tan magnífico como el del rubí. Y la vida vino á animar los senderos que atravesábamos; porque el bello flamenco, que no habíamos visto hasta entonces, se pavaneó delante de nosotros con su plumaje escarlata, acompañado de las demás aves de colores claros ó brillantes. Peces de oro y plata poblaron el río, en cuyo seno se produjo un murmullo que poco á poco se trasformó en una melodía embriagadora mas divina que las que daba al viento la lira de Eolo, mas dulce que cuanto existe en el mundo, excepto la voz de Eleonora. En aquel momento una extensa nube, que habíamos visto hacia ya tiempo en las regiones del Hesperus, se fué dirigiendo hacia nosotros, matizada de carmesí y oro: se puso pacíficamente sobre nosotros y descendió hasta que sus costados descansaron en las cimas de las montañas, trasformando las penumbras en esplendores, y encerrándonos, como para siempre, en una vasta, gloriosa y magnífica prision.

La hermosura de Eleonora igualaba á la de los serafines; tan inocente como la corta existencia que había pasado en medio de las flores. No usó la menor astucia para ocultar el aliento amoroso que la animaba, y examinó conmigo los mas recónditos senos de su corazon, mientras recorriamos juntos el valle de las Yerbas multicolores, entreteniéndonos en recordar las grandes trasformaciones que habían tenido lugar en poco tiempo. Un día me habló, con los ojos llenos de lagrimas, de la última y triste trasformacion que aguarda á la humanidad. Desde aquel momento no se ocupó de otra cosa que de aquel objeto lúgubre con que entrelazaba todas sus conversaciones; la misma imagen se representa con mil variantes en las canciones del bardo de Schivaz.

Sabía que el dedo de la muerte se había posado en su seno; sabía que como el riide silvestre, no había conseguido la perfeccion de la belleza sino para morir inmediatamente; pero para ella los terrores de la tumba se resumían en un solo temor, que me reveló una tarde

á la hora crepuscular, no lejos del río del Silencio. Sufría al pensar que despues de haberla enterrado en el valle de las Yerbas multicolores, dejaría para siempre aquel venturoso retiro para hacer participante á otra mujer del mundo externo y del amor apasionado que ella me inspiraba en aquel momento. Inmediatamente me eché á sus piés, y juré ante ella y ante Dios que nunca me uniría con los lazos del matrimonio á ninguna mujer en la tierra, y que de ninguna manera sería infiel á su recuerdo querido, ni á la memoria del santo afecto que habia hecho mi felicidad. Tomé al Todopoderoso Señor del universo por testigo de la piadosa solemnidad de mi juramento, y excité al Señor y á la que iba á ser una santa en el empireo, me hicieron sentir el peso de la maldición mas terrible que pudiera arrastrar en este mundo si faltaba á mi promesa. Los brillantes ojos de Eleonora se hicieron aun mas resplandecientes así que hubo oído mis palabras, y exhaló un suspiro como si su pecho se hubiera desembarazado de un peso mortal; se estremeció y lloró amargamente. Pero era una niña y aceptó mi promesa, permaneciendo tranquila en su lecho de muerte. Algunos dias despues me dijo, mientras la vida huía de ella dulcemente, que en recompensa de lo que habia hecho para calmar sus temores, vigilaría por mí despues que su alma hubiera remontado el vuelo, y se me apareceria en mis vigiliat nocturnas, si tales visitas no la estaban prohibidas. Si la libertad concedida á los elegidos en el paraíso no la permitía cumplir esta última promesa, podría al menos, añadió, anunciarme su presencia enviandome sus suspiros en la brisa de la tarde, ó impregnando el aire que yo respirara con los perfumes que exhalan los incensarios de los ángeles. Con estas palabras en los labios rindió su alma inocente, y su muerte terminó el primer período de mi existencia.

Hasta aquí he narrado todo con una verdad escrupulosa; pero desde que pasé la barrera que la pérdida de mi amada formó en el sendero de mi vida para arrostrar los acontecimientos que me sobreviniesen, sentí la sombra condensarse en torno de mi cerebro, y dudo que mi relato sea el de un hombre que se halle en la plenitud de su razón. Esto no obstante, sufrí que lo prosiga. Los años se arrastraron para mí pesadamente, y continué viviendo en el valle de las Yerbas multicolores, donde todo habia sufrido otra nueva transformación. Las flores estrelladas volvieron á sepultarse en los troncos de los árboles, y no aparecieron mas; los colores de la alfombra de verdura se marchitaron, y los asfódelos encarnados como el rubí desaparecieron uno á uno; en su lugar se vieron salir de diez en diez violetas de color subido, siempre cargadas de rocío, como los ojos del hombre están llenos de lágrimas, y que se movían inquietas. La vida desapareció tambien de nuestros senderos, porque el flamenco no se pavaneó ya á nuestra vista con su plumaje escarlata; huyó tristemente del valle hacia las colinas, en compañía de las claras y brillantes aves que le habian seguido en su llegada. Y los peces de oro y plata remontaron la corriente hacia la cascada situada á la extremidad de nuestro dominio, y no volvieron á brillar ya nunca en aquel río encantador; y la melodía embriagadora, que en otro tiempo parecia mas dulce aun que la del arpa aérea de Eolo, y mas divina que cuanto existe en el mundo, fuera de la voz de Eleonora, se extinguió poco á poco, convirtiéndose en un murmullo cada vez mas vago, hasta que el río cayó en la solemnidad de su silencio actual. Y finalmente, la dilatada nube, elevándose en los aires, abandonó la cima de la montaña á su antigua oscuridad, volvió á las regiones del Hesperus, y despejó tambien al valle de las Yerbas multicolores de todas sus brillantes aureolas.

Pero Eleonora no olvidó sus promesas, pues yo oía el balanceamiento de los divinos incensarios; bocanadas de humo de un perfume celeste ondulaban sin cesar en la atmósfera del Vallé; en las horas en que me aabrumbaba la soledad, y cuando mi corazón latía pausadamente, la brisa que bañaba mi frente llegaba á mi cargada de dulces suspiros; murmullos confusos llenaban el aire de la noche, y una vez — una sola vez — fui despertado de un sueño tan profundo como la muerte, por la presión de dos labios espirituales posados en los míos.

Nada, sin embargo, podía llenar el vacío de mi corazón; suspiraba por el amor que en él habia vivido; los recuerdos de Eleonora me hicieron penosa la estancia en el valle, y le abandoné para siempre por las vanidades y turbulentos triunfos del mundo.

Me hallé en una ciudad extraña, donde todo debía contribuir á borrar de mi memoria las dulces ilusiones en que me habia mecido por tanto tiempo en el valle de las Yerbas multicolores. La pompa y ostentación de una corte fastuosa, el estruendo furioso de las armas y la belleza resplandeciente de las mujeres, turbaron y embriagaron mi cerebro. Mi alma, sin embargo, habia permanecido fiel á sus votos, y las pruebas de la presencia de Eleonora continuaban llegando á mí durante las silenciosas horas de la noche.

De repente cesaron aquellas manifestaciones, y el mundo pareció entristecido á mis ojos y quedé pálido y tembloroso á consecuencia de los devoradores pensamientos que se apoderaron de mí y de las terribles tentaciones que acababan de asaltarme. Llegó una jóven de una comarca lejana á la corte del rey á quien servía, y aquella jóven tenia una belleza á que cedí en seguida mi inconstante carácter, á cuyos piés se rindió mi corazón adorandola con un amor de los mas ardientes y sumisos. ¿Que era mi pasión hacia mi compañera

del valle al lado del fervor, del delirio y del éxtasis admirable que elevaba mi alma, y durante el cual exhalaba mi corazón en las lágrimas que derramaba á los piés de mi Ermengarda etérea? ¡Mi Ermengarda era un brillante serafín! y aquella idea ocupaba de tal modo mi espíritu que no dejaba lugar á otras. ¡Ermengarda era una criatura divina como los ángeles! y mientras interrogaba á sus ojos que conservaban como un recuerdo de otro mundo, no pensaba sino en ella y en su mirada.

La tomé por mujer, y no temblé al recordar la cruel maldición que habia atraído sobre mí y que no me alcanzó. Solo una vez — una sola — y en el silencio de la noche, llegaron al través de la celosía los dulces suspiros que habia dejado de oír, y trasformándose en una voz dulce y familiar, me dijeron:

— ¡Duerme en paz! porque el espíritu del amor reina y gobierna, y ejerciendo su presión en tu corazón apasionado y en el de Ermengarda, estas absuelto de los votos que hiciste á Eleonora, por razones que te serán conocidas en el cielo.

### III.

#### LA CAJA OBLONGA.

Hace algunos años que tomé pasaje á bordo del hermoso paquebot la *Independencia*, su capitán Hardy, que hacia la travesía de Charleston (Carolina del Sur) á New-York. Debíamos ponernos á la vela el día 15 de junio, si el tiempo lo permitía, y la vispera fui á visitar el buque para examinar mi departamento y arreglar lo que fuera necesario.

Supe que los pasajeros eran muchos y que habia mas señoras que de costumbre. En la lista de los viajeros vi inscritos los nombres de muchos conocidos míos, y me alegré extraordinariamente de encontrar entre ellos el de Cornelius Wyatt, jóven artista que me inspiraba la mas viva amistad. Habíamos estudiado juntos en la universidad de C... y en ella nos habíamos tratado mucho. El era lo que son la mayor parte de los hombres de genio, es decir, que su carácter ofrecía una mezcla de misantropía, de sensibilidad y de entusiasmo á que se agregaba el corazón mas leal y sincero que haya palpitado en pecho humano.

Observé que se habia puesto su nombre en la puerta de tres camarotes; consulté de nuevo la lista y vi que habia tomado sitio para sus dos hermanas, su mujer y él. Los departamentos eran bastante capaces, y contenían dos catres colocado uno encima de otro. Estos catres eran á la verdad demasiado estrechos para que pudieran echarse en ellos dos personas; pero esta circunstancia no me explicaba por qué razón habia necesitado un tercer departamento para aquellos cuatro pasajeros.

Hallábame precisamente en aquella época en una de esas disposiciones de espíritu en que basta una bagatela para excitar la curiosidad, y lo confieso con vergüenza mia, con motivo de aquel camarote suplementario, me entregué á una multitud de suposiciones y cavilidades tan absurdas como indiscretas. Esto no me importaba absolutamente nada, lo confieso; pero no por eso dejé de obstinarme en querer resolver el problema.

Despues de haber reflexionado un poco hallé una solución tan sencilla, que me admiré de haber empleado tanto tiempo en encontrarla.

— ¡Pardiez! me decía, tendrá un criado. ¡Soy muy necio, no habiendo adivinado desde luego una cosa tan evidente!

Miré otra vez la lista; pero vi entonces que habian decidido viajar sin él, aunque hubiesen tenido primero intencion de llevar alguno consigo, porque las palabras y una *doncella*, escritas despues de sus nombres, estaban borradas.

— Bueno, dije para mí, Wyatt habrá sin duda alquilado el tercer departamento para poner en él el resto del bagaje que no quiera colocar en la parte baja, ó bien algun objeto de valor que le importe tener á la vista. ¡Ah! ¡ya caigo!... un cuadro ó alguna cosa parecida; eso era lo que iba á comprar en casa del judío italiano Nicolino.

Me fijé en esta hipótesis, y satisfecha mi curiosidad, no tardó en aplacarse por el momento.

Yo conocía perfectamente á las dos hermanas de Wyatt, que eran unas amables y discretas niñas; pero á su mujer no la habia visto todavia, porque hacia poco que se habia casado, y solo le habia oído hablar de ella con su entusiasmo habitual. Segun él, sobrepujaba á todas las demas mujeres en hermosura, viveza y talento, y esto hacia que tuviese gran deseo de conocerla.

El día en que me fui á bordo, es decir, el 14, supe por el capitán que Wyatt y las señoras que le acompañaban iban tambien á visitar el barco, y aguardé una hora mas del tiempo que tenia intencion de invertir, con la esperanza de ser presentado á la recién casada; pero pasado este tiempo, trajeron una carta en la que la señora Wyatt se excusaba de ir por sentirse algo indispuerta, añadiendo que no iría hasta el día siguiente á la hora de la partida.

Quando en este día salía de mi casa para ir al puerto, encontré al capitán y me anunció que tal vez circunstancias imprevistas (frase estúpida, pero muy cómoda) podrían retardar uno ó dos dias la salida de la *Independencia*, y que me avisaría cuando todo estuviese dispuesto.

Aquella dilación me pareció muy rara, porque el viento del Sur que soplabá en aquel momento, nos era favorable, y aun cuando pregunté á M. Hardy, no pude des-

cubrir cuáles eran las *circunstancias imprevistas* que nos detenían, no quedandome mas recurso que volver á mi casa y devorar en ella mi impaciencia.

El aviso esperado vino al cabo de ocho dias; pero por fin le recibí y me fui á bordo inmediatamente. Los pasajeros llenaban ya el puente donde todo respiraba el tumulto y desorden de un embarque. Wyatt y sus compañeras de viaje llegaron unos diez minutos despues que yo. Iban el artista, su esposa y sus dos hermanas. Wyatt parecia poseído de uno de esos accesos de misantropía taciturna que estaba demasiado habituado á ver en él para que me extrañase, y debió creerse dispensado de mi presentación á su mujer y hermana Mariana, jóven linda y entendida, pues no se ocupó de tal cosa.

La señora de Wyatt llevaba un velo espeso, y confieso que experimenté profunda admiración cuando le levanté por fin para devolverme mi saludo. Mi sorpresa hubiera sido mayor aun, si una larga experiencia no me hubiera enseñado á desconfiar de las descripciones apasionadas del artista, cuando refería la belleza de una mujer. Sabia afortunadamente, que en semejantes casos se elevaba con facilidad á las regiones del mas puro ideal.

A decir verdad, me fué imposible mirar á la señora de Wyatt como á una mujer cualquiera; porque si no era completamente fea, la faltaba poco. Sin embargo, estaba etaviada con un gusto exquisito, y me persuadí que las cualidades del corazón y del talento, mas permanentes que las de los atractivos físicos, habian sido las que habian cautivado á mi amigo. No pronunció mas que algunas palabras y entró con Wyatt en su departamento.

Mi adormecida curiosidad se despertó repentinamente. No habia criado; la cosa era evidente, y me puse en aseo del bagaje suplementario. Al cabo de media hora vi detenerse una carreta en la playa y dejar en ella una caja oblonga. Parecia no esperarse mas que esto; porque así que llegó aquel bulto, levamos anclás, ganando el mar despues de haber atravesado la barra sanos y salvos.

La caja en cuestion era de la forma que he dicho, y podría tener seis piés de largo por dos y medio de ancho; la examiné con atención mientras se la trasportaba por el puente, y quiero ser preciso en mis conjeturas. Ahora bien, no siendo comun aquella forma, apenas hube visto el bulto, cuando me persuadí de haber adivinado lo que contenía. Se recordará que me habia fijado en que el bagaje suplementario de mi amigo el artista debía componerse de cuadros, ó por lo menos de un cuadro, porque sabia que habia estado por espacio de muchas semanas en tratos con Nicolino; y hé aquí que tenia ante mis ojos una caja, que vista su forma, no podía contener otra cosa que una copia de la Santa Cena, de Leonardo, cuya copia no era, á mi juicio, otra que la ejecutada en Florencia por Rubini el jóven, comprada por Nicolino. Aquel punto me pareció completamente esclarecido.

Felicitábame mucho de mi perspicacia. Wyatt me confiaba generalmente sus proyectos de esta clase; pero en aquella ocasión era claro que queria introducir un hermoso cuadro en la ciudad de New-York en mis barbas, convencido de que nada adivinaria.

Yo resolví pagarle en la misma moneda, tanto durante la travesía, como despues.

Una cosa, sin embargo, me desorientó. La caja no se colocó en el cuarto suplementario, sino que la pusieron en el mismo departamento de Wyatt, donde permaneció, cubriendo casi todo el suelo, y donde debía incomodar tanto mas al artista y á su mujer, cuanto que la boca ó juntura de que se habian servido los embaladores para trazar la dirección en gruesos caracteres me parecia exhalar un olor desagradable y casi nauseabundo. Léase en la cubierta: A MADAMA ADELAIDA CURTIS, AL CUIDADO DE CORNELIUS WYATT, ESQ. — ALBANY. — NEW-YORK. — SUBLIME. — FRAGIL.

Yo sabia que madama Adelaida Curtis era la suegra de Wyatt, pero miraba aquella inscripción como una burla á mi destreza, persuadido de que la caja y su contenido no pasarían del obrador de mi misántropo amigo, y serían dejados á su puerta en Chambers street, en New-York.

Durante los tres ó cuatro primeros dias tuvimos un tiempo magnífico, á pesar de soplar el viento hacia el Norte desde que perdimos de vista la costa. Los pasajeros por lo tanto se encontraban animados de las mejores disposiciones y sumamente sociables, á excepcion de Wyatt y sus hermanas, que dieron ejemplo de gran frialdad, y aun diré de sobrada impolitica, á sus compañeros de viaje. En cuanto á Wyatt, no esperaba otra cosa de él. Estaba mas sombrío que nunca; pero si respecto á él ninguna excentricidad me sorprendía, respecto á sus hermanas no hallaba excusa para que permanecieran encerradas en su departamento, excusando fraternizar con los demás pasajeros á pesar de mis reiteradas instancias.

(Se continuará.)

### Exposicion de bellas artes en 1863.

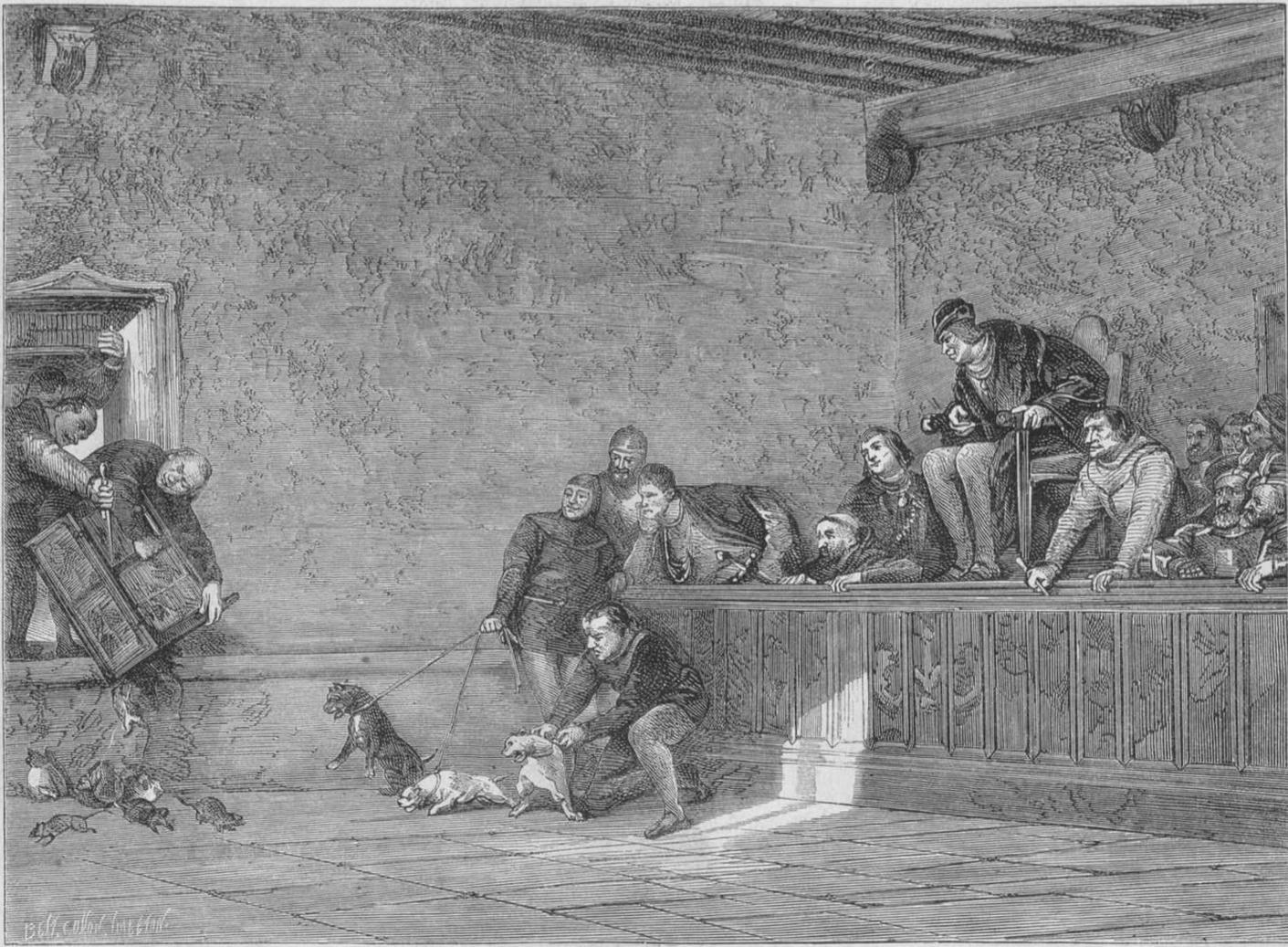
CUADROS REPRODUCIDOS EN ESTE NUMERO.

M. COMTE: *Los juegos de Luis XI.* — Hé aquí una pelea de ratas con perritos enseñados al intento. Entre los espectadores de esta alegre diversion del rey, dos

cabezas de arqueros escoceses son notabilísimas por el carácter del dibujo y la fina precisión de la ejecución. Un rayo de sol que ilumina la sala es un accidente inútil quizá, pero perfectamente expresado.

M. SIGNOL, siguiendo la idea que parece guiarle en la mayor parte de sus composiciones, de las cuales puede considerarse como un tipo la *Mujer adúltera*, ha expuesto este año el cuadro que reproducimos: *Suplicio de una vestal*. Este asunto despierta un vivo sentimiento de conmiseración, y recuerda, como la *Mujer adúltera*, las palabras de Jesús: « Que aquel de vosotros que esté sin pecado le arroje la primera piedra. »

M. J. SALLES es uno de los pintores más afamados del Mediodía de la Francia; habiendo sabido comprender los hechizos y los dulzuras de la vigorosa naturaleza que le rodea, las expresa como un verdadero artista. En la *Mujer de la campiña de Roma dando de beber á un pastor*, se observan todas las cualidades características de su talento.



EXPOSICION DE 1863. — *Los juegos de Luis XI*, cuadro por M. Ch. Comte.

### Los segadores salvajes.

(Conclusion. — Véase el número 550.)

A la caída de los aludes acompañan mil accidentes singulares que no es nuestro ánimo describir aquí; pero sí merece una excepción el episodio ocurrido en el paso del Splügen por el ejército francés del 27 de noviembre al 4 de diciembre de 1800, bajo las órdenes del general Maedonald. En la garganta sumamente peligrosa de Cardinell, los témpanos barrián columnas enteras, hom-

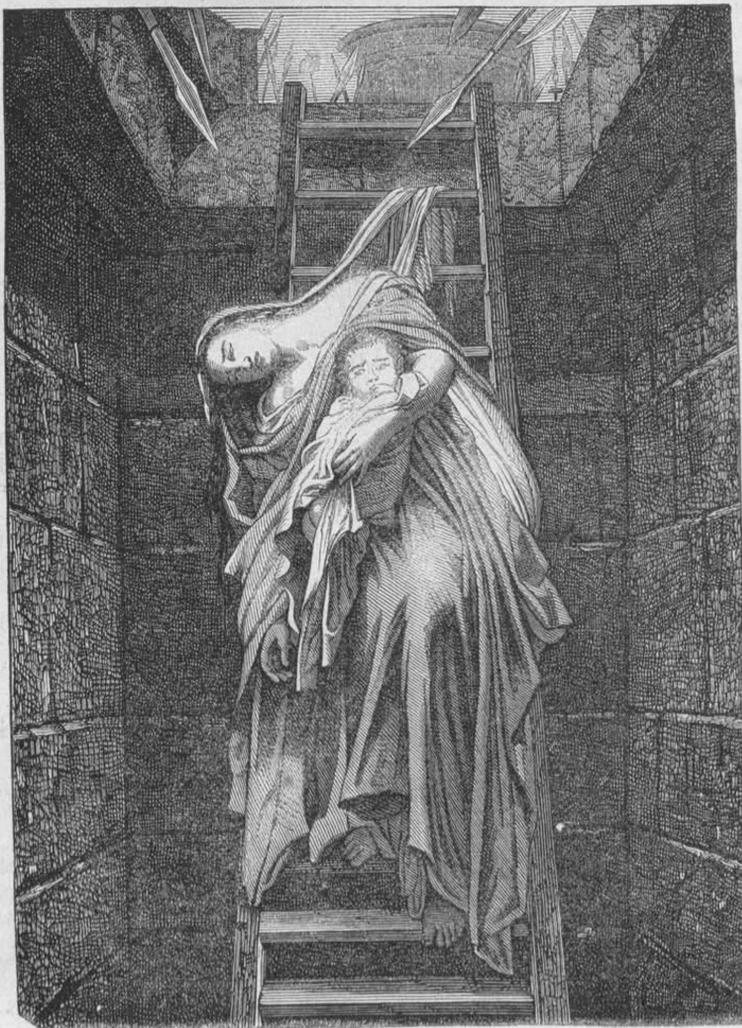
bres y caballos, que precipitaban en los abismos. Un tambor arrebatado de aquel modo tuvo la dicha de llegar al fondo del golfo blandamente llevado sobre la nieve, sin haber sufrido el menor percance, y allí, para pedir socorro se puso á tocar el tambor con la energía de la desesperación. Pero era imposible auxiliarle, y el desgraciado continuaba sus patéticos redobles en la inaccesible profundidad. Los batallones que desfilaron por encima de él, oyeron durante no sé cuántas horas la fúnebre música. Luego los sonidos se fueron debilitando como los latidos de su corazón; la implacable temperatura de aquellos altos lugares helaba poco á poco los miembros del soldado, que acabó por dormirse para siempre en su lecho glacial.

La Suiza recluta sus mejores guías entre los segadores salvajes y los cazadores de gamuzas. Nadie en verdad conoce mejor que estos la montaña, nadie sufre mejor la intemperie y la fatiga de los viajes alpestres.

En segundo término figuran los buscadores de cristal y los cabreiros, que desempeñan las mismas funciones cuando les trae cuenta hacerlo. Hay muchos guías en Suiza, dice M. Berlepsch, pero poquísimos han frecuentado las zonas superiores y son capaces de llevar á ellas á los viajeros sin exponerles á grandes peligros. Ni siquiera bastan el conocimiento de los lugares y una complexión robusta, sino que se necesita valor, presencia de ánimo, buen juicio y prudencia también. ¡Ay del curioso que se aventura por esos sitios espantosos, que provoca, digámoslo así, á los genios de las montañas con un guía inexperto! Es lo mismo que si caminara con los ojos cerrados. Afortunadamente se encuentran excelentes guías, por lo común cazadores de gamuzas y segadores salvajes de profesión, que unen á una grande experiencia, una especie de instinto adivinatorio, un sentimiento preciso del sistema orgánico seguido por la naturaleza en la formación de las montañas. En los sitios donde no han penetrado jamás, se orientan perfectamente, tienen la intuición más clara de la configuración de los lugares y hallan su camino, llegan siempre á su fin al través del laberinto de los valles, de los corredores, de las alturas y de las galerías. Entre estos se contaba el suabo Maduz, establecido en la aldea de Matt en el canton de Glaris; gran admirador de las bellezas del paisaje, atendía de un modo extraordinario á los viajeros, y nunca se veía apurado. Cuando los señores Stu-

Tædi, considerado como inaccesible hasta entonces. Esto tuvo lugar el 10 de agosto de 1837. Acompañaban á Bernardo su hijo Gabriel, y el atrevido Tomas Thut, domiciliado como ellos en el pueblo de Linththal, canton de Glaris. Una densa niebla no les impidió ponerse en camino, y durante largo rato subieron entre la bruma que apenas les permitía ver los objetos más próximos. De repente el viento desgarró y dispersó el inmenso cortinaje que los envolvía, y entonces distinguieron con sorpresa y espanto que dominaban todas las alturas, que por do quiera les cercaban abismos; sin saberlo habían llegado al fin de su expedición, hollaban con sus pies la frente arrogante del Tædi, adonde nadie había llegado aun. Cansado de su ascension el viejo segador, se tendió sobre la nieve, y no tardó en dormirse con el sueño más apacible.

Cuando los guías acompañan á los sabios ó á los curiosos que quieren escalar las cumbres más altas, hay



*Suplicio de una vestal*, cuadro por M. E. Signol.



*Mujer de la campiña de Roma dando de beber á un pastor*, de M. Salles.

instantes en que demuestran un arrojo, una sangre fría, una destreza y un desprecio de la muerte incomparables. Verbigracia, para subir á la cumbre de la Jungfrau (12,827 piés sobre el nivel del mar), es preciso atravesar una arista de hielo que tiene de seis á diez pulgadas de anchura, en tanto que las cuestas ofrecen una inclinacion de sesenta á setenta grados: bajo el hielo se abren abismos sin fondo. Llegados á este sitio el 28 de agosto de 1841 los profesores Agassiz, Forbes, Desor y Duchatelier, creyeron imposible el trayecto. Santiago Leuthold sostuvo una opinion contraria, y queriendo probar que tenia razon, dejó al punto su equipaje, y luego bajó sobre el vertiente izquierdo con su brazo derecho por encima de la arista, y apoyando por el otro lado el hierro de su garrote. Pisoteando la nieve practicaba una especie de camino por donde avanzaba con lentitud, y así abrió una via á los viajeros.

Cuando M. Escher (de Linth), Girard y Desor, tres sabios amigos, quisieron escalar los Picos del Terror (*Schreckhærner*) en el canton de Berna, expedicion en la que solo llegaron á la cresta del Lauteraarhorn, la pequeña caravana que iba por lo alto de un peñasco en forma de pupitre, se halló detenida de repente; la especie de techumbre cesaba allí y dibujaba un pico vertical de unos diez piés de altura, comenzando debajo una arista nevada parecida á la que acabamos de describir y de unos cien pasos de larga. Mientras deliberaban con ansiedad si bajarían por medio de cuerdas ó si bus-



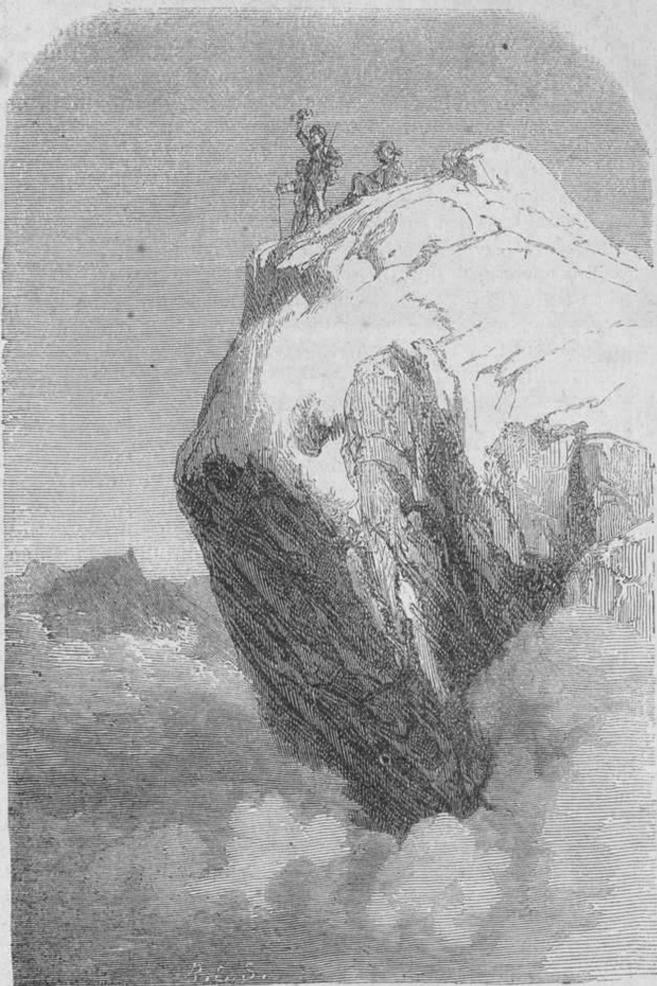
El tambor de 1800.

carian otro camino, el guia Bannholzer zanjó la cuestion, y sin decir una palabra saltó resueltamente de la altura. Todo el mundo lanzó un grito de espanto, pues le creían perdido; pero no se habia hecho daño alguno, habia sabido conservar su equilibrio, y se plantó á caballo sobre la helada silla. En vano sus compañeros le llamaban; él proseguia su camino, y al llegar al pico correspondiente, hizo seña á los otros para que acudieran. Su intrepidez estimuló el valor de todos. Bajaron en efecto á su vez sobre la nevada arista por medio de cuerdas y se reunieron con el guia, pero les esperaba otra prueba cerca de la cima. La loma tenia apenas diez y ocho pulgadas de ancho sobre un largo de cincuenta piés, y á la derecha y á la izquierda se abrian abismos, con paredes casi verticales, de cuatro mil piés de profundidad. Aquí los guias mas intrépidos no se atrevieron á marchar de pié, sino que lo hicieron á cuatro patas, con los ojos invariablemente fijos delante de ellos.

La ascension del Finsteraarhorn, ó Pico Sombrio del Aar en 1829 por el célebre Hugi (13,160 piés sobre el nivel del mar), presentó circunstancias mas originales todavía. Era la tercera tentativa que hacia el animoso sabio. El 10 de agosto llegó al ventisquero suspendido que rodea la cumbre principal como una fria armadura, y que se descubre tan claramente de todos los puntos mas altos en el Norte de la Suiza, pero sobre todo desde el Faulhorn. Para llegar al peñasco central que cer-

ca el cono de hielo, era preciso subir por una superficie helada de un declive increíble, y no se podia adelantar sino practicando escalones sobre el flanco del campanario natural. Los guias Leuthold y Wöhren se pusieron á la obra, plantaron sólidamente sus piés en los primeros escalones, dejaron que se helaran allí un poco sus suelas, y despues labraron otras gradas. Mil veces se arrostraba la muerte en esta obra; pero no obstante, los dos héroes llegaron á la espantosa cumbre. Leuthold volvió entonces á buscar al profesor Hugi, pero le declaró que si le resbalaba un pié, si hacia un movimiento en falso, estaba perdido sin remedio, pues no le tenderia la mano para no perecer con él. Despues de haber titubeado largo rato, nadie se atrevió á poner el pié en la escala infernal, aunque habia allí hombres valerosos y experimentados. Unicamente Leuthold y Wöhren tuvieron la gloria de pisar la cumbre.

En el regreso, estos dos guias y otro llamado Zemt, dieron otra prueba de fuerza y de destreza. Al bajar Hugi se torció un pié, y le era casi imposible continuar el camino. Leuthold sin pedirle licencia le toma y le carga sobre sus hombros; no habia tiempo que perder, pues comenzaba una tormenta, y la bruma del crepúsculo que oscurecia la atmosfera aumentaba el peligro de la situacion. A pesar de este fardo, el guia avanzaba rápidamente sobre los espaciosos ventisqueros del Aar. Cuando el cansancio no le permitia continuar, Wöhren le sucedia, y luego alternaba el otro compañero. Lo que hacia su marcha mas difícil, no era solo la desigualdad de la blanca superficie, sino la necesidad en que se hallaba el guia de abandonar su garrote y de emplear sus dos manos para sostener al profesor. Hugi no comprendia cómo podian marchar en la sombra sin perder el equilibrio aun al saltar por encima de las



Bernardo Voegeli escalando el pico del Tœdi.



Bannholzer saltando á la cresta del Lauteraarhorn.

grietas. Nada les turbaba, nada les inducia en error, y le trasportaron hasta el fin sano y salvo.

Pero todo mérito tiene sus excesos, y toda aptitud sus inconvenientes: el arrojo de los montañeses degenera en temeridad. El mismo Bannholzer que hemos visto saltar hace un momento sobre la arista resbaladiza del Lauteraarhorn, dió una prueba de intrepidez que escandalizó á los espectadores. Bajando de la Jungfrau con una pequeña caravana, uno de sus amigos dejó caer su gorra en una grieta profunda del ventisquero. La pared mas próxima formaba un plano inclinado sumamente rápido, y la otra pared un muro vertical inmenso erizado de puntas heladas; y por consiguiente, á medida que se abria el abismo venia á ser mas y mas angosto.

Bannholzer se ofreció á ir á buscar la gorra, que ni siquiera se veia, y por mas que le aconsejaron todos que no expusiese su vi-



La cabra perseguida.

da por tan poca cosa, no quiso oír á nadie, se hizo atar una cuerda en torno de la cintura, y unas veces deslizándose y otras colgando, llegó á una gran profundidad, á un pilar de hielo que amenazaba ruina y podia hundirse bajo su peso, y desde esta columna movediza donde habia puesto sus piés, descubrió la gorra que se habia quedado mas abajo en un ángulo saliente; por desgracia le habian soltado ya toda la cuerda, y esta le contenia despues de haberle secundado. En vista de esto, el guia aconsejado por su loca intrepidez, se desata la cuerda, se desliza en la sombra sin ningun medio de salvamento y desaparece. Sus compañeros esperan con la ansiedad mas penosa. De repente un alegre grito resuena en el golfo: Bannholzer habia cogido la gorra. Se fué otra vez á la primera posicion, se ató de nuevo la maroma y se hizo subir, llegando sin accidente al borde de la grieta. Aunque ha-

bia bajado á cien piés cuando menos, contó que el abismo se prolongaba á una distancia incalculable.

Además de los segadores salvajes de profesion hay en la montaña otros individuos, los cabreros, que suelen ejercer el mismo oficio. Mas ágiles que los animales que guardan, los pastores de las altas tierras van por las cornisas, las plataformas y los angulos que ellos no pueden alcanzar, á buscar el delicado forraje que les gusta.

Sin embargo, el cabrero considera su peligrosa ascension como una diversion, y no como un trabajo. Si la decoracion del teatro no ha cambiado, el actor ya no es el mismo, y ofrece distinto caracter. A los cuidados y á las fatigas del primero, á su marcha inquieta, han sucedido el reposo y la indolencia. Durante una gran parte del dia el cabrero lleva una vida contemplativa, la mas feliz de todas. El fondo de su tarea, su ocupacion principal, consiste en echar de tiempo en tiempo una ojeada á sus animales, mientras todos los vientos del cielo le llevan perfumes y todas las horas del dia varian los espléndidos paisajes que se desarrollan ante sus ojos. Las formas, los singulares aspectos de las nubes y de las nieblas bastan para ocupar horas enteras. Con los piés desnudos y apenas cubierto con un pantalon desgarrado, una camisa destrozada y una tosca chaqueta, desafía la intemperie, y solo cuando la lluvia es demasiado abundante se guarece con una vieja manta. Pero muy á menudo la tormenta maniobra debajo de él como si quisiera divertirle con su espectáculo. Las nubes reunidas de todas partes en un gran centro que comunica con muchos valles del contorno, figuran como un ejército cuyos jefes estan deliberando. De repente se eleva un viento fuerte; la decision está tomada, y se ponen en marcha los batallones, que se separan y desfilan con ruidos sordos por las gargantas y los valles. Son los primeros ruidos del trueno que ruge en sus flancos. ¿La vanguardia ha visto al enemigo? Entonces el relampago brilla acá y allá como si se empeñara la pelea; un ruido continuo, mezclado de explosiones imita el redoble del tambor y las detonaciones de la artillería. El ejército combate avanzando como una legion de invasores. Los cabreros son casi todos de doce á diez y seis años: unos vuelven todas las tardes á la aldea y otros pasan tres ó cuatro meses en la montaña, recibiendo cada semana su provision de pan. El ayuntamiento emplea á muchos de ellos que se han quedado sin padres, y otros pertenecen á las mejores familias y recuerdan siempre con gusto el tiempo que pasaron en la soledad. En Suiza hay muchos empleados, administradores, concejales y burgomaestres que han sido cabreros; y no solo no lo ocultan, sino que describen sin que se lo pidan las escenas de su rústica adolescencia, los fenómenos que admiraron en aquella época, y los peligros continuos que corrían. Efectivamente, cruzan puntos donde se creeria que ni ellos ni sus cabras podrian mantenerse en equilibrio; y cuando alguno de sus animales se extravía saltando á nichos ó consolas desde donde no puede ni bajar ni subir, el pastor tiene que ir á buscarle, tiene que cargarle sobre sus hombros, y á riesgo de rodar por los precipicios, le vuelve de este modo al rebaño.

Gracias á esa lucha diaria contra el peligro, los suizos adquieren su intrepidez característica en el campo de batalla, su valor contra los opresores. Cuando toda la Europa estaba arrodillada ante el principio monárquico ó dominada por aristocracias imperiosas, los habitantes de los Alpes habian fundado desde el siglo XIV una república popular que dura aun, sin que tenga traza de llegar al término. Esta república ha sido un aviso, una leccion y una reconvenccion para el mundo feudal y realista. Allí nació el *Contrato social*, y de allí salió el profundo analisis de la *Constitucion inglesa*, escrito en francés por Delolme, obra clásica en la Gran Bretaña, y que estudian en el continente todos los hombres políticos. Durante siglo y medio, los pastores de las altas tierras han decidido las contiendas de los principes, han sido los árbitros de la Europa. Sin la modestia de sus aspiraciones, sin el respeto del derecho que inspira el amor de la libertad, sin su sabiduría republicana, habrian sometido en su derredor á las poblaciones, y fundado un vasto imperio, donde la corrupcion habria destruido todas sus virtudes.

A. M.

## María.

### I.

Hacia el año de 1802 habitaba en una pequeña ciudad del antiguo reino de Jaen un anciano y honrado labrador, en union de su esposa y de su única hija María, objeto del cariño de ambos. Joven y bella esta, reunia á los encantos de la naturaleza un alma noble y generosa; y educada con toda la sencillez propia de un pueblo enteramente agrícola, lejos del bullicio de las grandes ciudades y de sus corrompidas costumbres, era el báculo de la vejez de sus achacosos padres. Admirada por su modestia, querida por su buen corazón y respetada de todos, María era un ser angelical, un tesoro inapreciable, tanto que no se podía menos de sentir hacia ella uno de esos afectos que nacen del fondo de nuestra alma.

Habia visto en la misma ciudad, desde sus primeros años, á un joven de su edad á corta diferencia, pundoñoso, valiente y tan modesto como ella; pero Jorge, que tal era su nombre, pertenecía á una familia noble y

poderosa. Sus padres, muy distantes por su estado de los de María, llenos de preocupaciones y de orgullo, miraban en su hijo al heredero de su nombre y de su casa, y el que, segun expresaban, debía elevarla al mas alto grado de esplendor. Para esto, tenian proyectado su enlace con una prima suya, hija del marqués de..., y sucesora en el titulo y bienes de su padre; pero Jorge no participaba de semejantes proyectos, porque habia mucho tiempo que amaba á María, de quien era correspondido. Estos dos jóvenes, con almas de fuego y con una imaginacion vehemente, habian simpatizado desde la infancia. Los padres de María habian observado con harta disgusto la pasion que la dominaba, y conociendo la diferencia de clases de uno y otro, trataron de evitar, por todos los medios posibles, el que aquella se acrecentara; mas era ya demasiado tarde. María amaba por la primera vez, amaba con todo el entusiasmo de los diez y ocho años, y aquella pasion, que se habia fortificado con el tiempo, era muy difícil de extinguir. El viejo Anselmo, conociendo que estaba en una edad muy avanzada, y tanto su esposa como él casi á las puertas del sepulcro, determinó fijar la suerte de su hija y alejarla del abismo que veia abierto bajo de sus piés; á este fin trató de casarla con Antonio, joven labrador de aquellas cercanias, que segun fama era el mas honrado de todos los mozos; pero la esperanza del padre de María se vió frustrada en el instante: ni súplicas ni amenazas bastaron para obligarla á dar su consentimiento. ¡Ella querer á otro que á Jorge! ¡Imposible! Jorge era su único pensamiento, Jorge no era capaz de mentir. Le habia dicho tantas veces que la amaba... Pero ¿porqué se tarda tanto en ir á verla? ¿estará enfermo? ¿le habrá sucedido algo? Sumergida en estas reflexiones la sensible María, apoyada en una ventana viejisima, parecia mas bien una estatua de yeso que no una mujer en el principio de su florida primavera: las horas pasaban y con ellas su esperanza. ¡Qué agitado se encontraba su corazón! ¡No verle, no escuchar aquella voz querida que resonaba tan dulcemente en el fondo de su pecho... esto era horrible! Acaso le habran detenido á su pesar: si, sí, mañana le verá, y él mismo le dirá todo lo que ha estorbado su visita... Con este consuelo, que creó en su acalorada imaginacion, se retiró de la ventana con paso silencioso.

Sin embargo, habian trascurrido cinco dias sin ver á Jorge, y la desconfianza se iba apoderando del alma de María. ¿Si amara á otra, ó acaso se creeria desdorado con el cariño de una joven de humilde cuna?

— Si yo le viese, decia, una sola palabra pronunciada por sus labios disiparía mis sospechas; pero vivir en esta incertidumbre: ¡oh, esto es horroroso!

Y se dirigió al mismo sitio que los dias anteriores: de allí á poco rato vió á un hombre que se paseaba por bajo de la ventana, y reconoció ser un criado de Jorge. ¿Qué nuevas le traería? ¿vendría á derramar el bálsamo del consuelo en su desgarrado corazón, ó acaso á hacerle apurar hasta las heces del caliz de la amargura? Ya se acerca; la joven labradora se aproxima todo lo que es posible, como el que espera calmar sus angustiosos afanes.

— María, le dice á media voz, tomad esta carta de mi amo.

No bien habia concluido estas palabras, la arroja dentro de la habitacion, desapareciendo rapidamente sin aguardar contestacion de nuestra joven.

— Bien decia yo; él me ama; si, si, me ama.

Y diciendo esto, abre aquella carta que quisiera poder leer con una rapida ojeada, cuyo contenido era el siguiente:

« María, soy muy desgraciado; cuando leas esta carta fatal, estaré muy distante del suelo que nos vió nacer. Me precisan á abandonarlo; pero en todas partes te amaré; solo dejando de existir podrá extinguirse mi cariño; y si algun dia nos volvemos á ver, no te quedará duda alguna de la sinceridad de mis palabras.

JORGE. »

¡Qué pluma es capaz de describir el sentimiento y la desesperacion de la apasionada María! Ver destruidas en un solo momento las ilusiones de su vida, su porvenir, sus sueños de felicidad... ¡Pobre joven, que se habia creído dichosa en medio de un mundo que no conocia, porque ignoraba que en él existian el orgullo, la intriga, la falsedad y todas las malas pasiones que dominan el corazón humano!

A sus gritos de desolacion acudió en su socorro toda la familia: el viejo Anselmo queria inquirir la causa de aquel estado de desesperacion, y no pudiendo María satisfacer á sus preguntas por hallarse en un estado convulsivo, observaba sus mas pequeños é imperceptibles movimientos. Pero bien pronto llegó á saberlo todo. Algunas palabras escapadas de entre los balbucientes labios de la desventurada joven, y la carta que en el exceso de su desesperacion habia dejado caer, impusieron lo bastante á Anselmo; pero este padre bondadoso no pensó mas que en la vida de su hija, é inmediatamente la hizo conducir al lecho y llamar al facultativo mas afamado de la poblacion. Su anciana madre lloraba á la cabecera de su cama con los ojos fijos en el pálido rostro de María: en esto se presentó el médico, el que hizo diferentes preguntas á los padres de esta acerca de los sucesos anteriores á aquella enfermedad repentina. Anselmo le refirió todo lo acaecido; y el facultativo, despues de pulsar y examinar detenidamente á la enferma, declaró por último que estaba acometida de una fiebre ardiente, que ponía en peligro su vida.

¡Desventurados padres! ¡qué noticia acabais de recibir! Vosotros que amais tanto á vuestra María y veis al

borde del sepulcro tan bella juventud, tanto candor, y sobre todo... una hija. ¡Ay! ¡qué prueba tan terrible para vuestros corazones!

La enferma se hallaba en un estado digno de compasion: sus ojos amortiguados, sus labios entreabiertos, próximos á exhalar el postrer suspiro, y aquel abatimiento en que se encontraba, afirmaban mas y mas la declaracion del facultativo.

A las veinte y cuatro horas debia terminar la crisis, y salvar á nuestra desventurada joven, ó hundirla para siempre en el fondo del sepulcro. ¡Qué horas tan angustiosas son aquellas en que lucha la vida con la muerte, y concebimos un rayo de esperanza, que en un solo momento puede extinguirse! Anselmo y su mujer elevaban al Todopoderoso fervientes oraciones por la vida de María, interrumpidas sin cesar por continuados sollozos; pero á cada momento se agravaba mas, y el médico, que no se separaba de la cabecera de la enferma, iba perdiendo las pocas esperanzas que habia concebido.

Llegaron por fin los fatales momentos que debian decidir de la existencia de María. El médico alcanzó, á fuerza de repetidas súplicas, que se retiraran de la habitacion los padres de esta, y solo una criada y él quedaron junto al lecho de la joven moribunda. La fiebre estaba en todo su incremento. Su vista se habia animado de un modo particular, y sus miradas eran vagas é inciertas; sus labios se entreabrieron para murmurar estas palabras, que apenas pudieron ser inteligibles:

— Jorge no... me ama... morir... sí... madre mia... perdóname...

No bien habia concluido estas frases, que denotaban claramente el objeto que dominaba en su pensamiento, cuando volvió á caer en un estado de estupor completo.

— Imposible es salvar su vida, exclamaba el médico. Todas las señales denotan una enajenacion mental, de la que sucumbirá dentro de pocas horas. ¡Pobre joven!

Repentinamente quiere arrojarle de la cama como si viera algun objeto que la horrorizara, y principia á gritar frenéticamente:

— ¡Socorro, socorro!...

La crisis va á terminar: la alteracion va desapareciendo, y un sudor frio principiaba á helar sus miembros: los latidos de su corazón eran casi imperceptibles, y sus hermosos ojos se iban á cerrar para siempre...

El facultativo, conmovido por tan dolorosa escena, tiene que dejar por algunos momentos aquella habitacion, donde bien pronto solo podrán contemplarse las formas de un cadáver; tan solo Magdalena permanece junto al lecho de su señorita; la fiel y leal criada quisiera con su aliento y con sus caricias vivificar la existencia de María. Esta entreabre sus amortiguados ojos... coge la mano de Magdalena que oprime fuertemente entre las suyas, y se esfuerza para pronunciar algunas silabas.

— Hable Vd., señorita mia, desahogue Vd. su corazón conmigo, nada tiene Vd. que temer de la pobre Magdalena.

— Gracias... ami...ga; yo... te lo agra...dezcó.

— Señorita.

— Mag...dale...na...

El frio de la muerte hiela sus palabras; un grito doloroso exhala la inconsolable criada; y cae desmayada á los piés de la cama de María. Entra precipitadamente Anselmo y se arroja al cuerpo de su querida hija; ningún poder es suficiente para detenerle.

— ¡Mi María ha muerto! exclama con acento doloroso.

Fuera de sí la estrecha contra su corazón, surcan sus mejillas copiosas lagrimas, y en medio de su delirio acusa al cielo de injusto. ¡Desventurada madre! tú tambien lloras una pérdida irreparable, tambien tu corazón está traspasado como el de Anselmo: ved aquí lo que son las leyes del destino. Cuando fundabais todas vuestras esperanzas en esa hija cariñosa, que debia aliviar vuestra vejez y hacerlos agradable el resto de vuestros dias, despues de tantos años de afanes, de tantas noches como habreis velado su sueño en derredor de su cuna ó á la cabecera de su lecho, la muerte, inexorable siempre, viene á destruir vuestras mas caras ilusiones.

El médico y varios amigos conducen á la triste madre á otro aposento, y á viva fuerza tienen que arrancar al inconsolable padre de aquel lecho mortuorio. Entre tanto vuelve en sí la pobre María, á la que se le suministran todos los recursos del arte.

### II.

Triste aspecto presentaba al dia siguiente la casa del desconsolado Anselmo: una gran multitud de gente se agolpaba á la puerta para ver por última vez el féretro de la virtuosa María. Entre tanto el desventurado padre, ansioso de poseer una prenda que no se hubiera separado nunca de su hija, rogó al médico que cortase un rizo de la cabellera de ébano de aquella para tener el consuelo de llevarlo sobre su corazón. Este hombre, ángel consolador de esta desgraciada familia, voló á satisfacer los deseos del venerable anciano: entra en el aposento y se dirige hacia aquel cuerpo inanimado; al través de los opacos candelabros contempla aquellas facciones algunas horas antes animadas por la vitalidad.

— ¡Virtud y belleza, exclama, pronto os convertireis en un poco de polvo!... Inocente joven, ¿quien te diría que habias de terminar tan pronto una vida sembrada de risueñas ilusiones? ¡Qué misera es nuestra deleznable existencia! Vemos la luz por primera vez, y la saludamos con nuestras lagrimas; sigue el trasturbo de los

años, y juguetes de encontradas pasiones, arrastramos una existencia llena de amargura. ¡Infeliz María! también tú has padecido, también has sido víctima, porque albergaba tu pecho un alma noble y una extremada sensibilidad. ¡Ah! si yo pudiera volverte a la vida para prolongar la de aquellos que te dieron el ser... Nada, está yerta, fría... Salgamos pronto de esta mansión de horror.

Efectivamente se adelanta, da algunos pasos hacia la puerta; pero un suspiro hiere sus oídos; retrocede y examina de nuevo el cadáver...

— No hay duda, ha muerto, ha muerto para siempre, repite diferentes veces; mas al ir a alejarse por última vez, se detiene repentinamente, ha escuchado un nuevo quejido, y allí no hay nadie sino él: su actitud tétrica, la palidez que cubre su rostro, manifiestan que aquel hombre, acostumbrado a recibir el último suspiro de los moribundos, se halla dominado por el terror... por el miedo. Un frío mortal circula por sus venas, y apenas se atreve a mover los labios para recitar una oración. — ¿No he tocado su helada mano? ¿no he observado yo aquel cuerpo inmóvil? Desechemos infundados y fantásticos temores; mi deber es cerciorarme definitivamente y reconocer este féretro... ¡Dios mío! ¿es un sueño? Aun late su corazón; si, si, todavía existe. Anselmo... Anselmo, Mariana, venid, venid, vuestra hija vive.

¡Qué emoción de alegría no produciría en toda aquella familia esta noticia!

Sus padres se precipitan sobre el lecho de María, prodigándole cariñosos besos y extremadas caricias.

— ¡Gracias, Dios mío! exclamaba Anselmo, me habeis vuelto a mi hija, tomad mi vida en cambio de la suya. ¡Hija mía, María!... ¡Ah! ¡si después de haber gozado este consuelo, la muerte me la arrebatase!

— No, interrumpió el médico, Dios ha oído vuestras súplicas, y espero con su ayuda que la he de salvar.

Al decir estas palabras tenía fija la vista sobre la moribunda joven, como si quisiera leer en su semblante lo que experimentaba interiormente.

— Retiraos, se necesita ahora mucho silencio, y sobre todo mucha tranquilidad.

— ¿Y si mi hija muere?

— No querrá Dios.

— ¿Vos creéis que puede vivir todavía?

— Por lo menos así lo espero.

— ¡Ah! volvednos a nuestra María, y mis bienes, mi sangre, todo es vuestro.

— Pobre anciano, ojalá puedas volver a abrazar a tu hija, decía entre sí el facultativo.

Inmediatamente le aplicó varias medicinas que produjeron un sudor copioso y continuado, y a manera del que despues de una pesadilla entreabre los ojos y duda todavía del sitio en que está, así nuestra enferma principió a querer reconocer su habitación y los objetos que la rodeaban; su semblante había tomado mas vivacidad, y poco a poco logró incorporarse algun tanto. El médico, que no se había separado de la cabecera un solo instante, notó con alegría esta mutación extraordinaria, y habiendo continuado progresivamente, declaró a las veinte y cuatro horas que no había temor por su vida.

Sucedieron los días, y María continuó en su convalecencia perfectamente, hasta llegar a recobrar el primer estado de su salud, a pesar de haber perdido aquella alegría que le era tan habitual. Melancólica siempre, dominada por pensamientos lúgubres y sombríos, no era aquella joven risueña y vivaracha de otros tiempos. Al contrario, la risa había huido de sus labios; al carmin de sus mejillas había substituído un color amarillento, y a su carácter dulce y apacible, el descontento y el mal humor.

— Hija mía, decíale un día Anselmo, ¿qué falta a tu felicidad? ¿porqué esa tristeza? ¿No tienes padres que te aman y lo sacrifican todo por tí? ¿Acaso quieres brillar en el gran mundo? ¿Anhelas otra vida menos oscura, apeteciendo tu alma el brillo de las ciudades populosas? Dí, responde, María. Ya sabes que nuestras facultades son suficientes para todo esto.

María estrechaba contra su corazón a su anciano padre; había en sus miradas cierta dulzura que estaba en armonía con sus palabras.

— Apenas restablecida de una enfermedad peligrosa, bien conoceréis que no he recuperado todavía mis fuerzas, así físicas como morales, y creo no debeis extrañar mi estado de abatimiento, que desaparecera poco a poco.

— No, María, no es tu abatimiento lo que he extrañado, sino tu tristeza. En vano procuras disimular, tu sonrisa es forzada.

— ¡Padre mío!

— Tu carácter es otro enteramente; ¿no es suficiente para tu dicha nuestro amor? Demasiado he conocido que me había confiado en que el tiempo conseguiría lo que yo no había podido conseguir; el olvido de ese hombre. Veo a mi pesar que ese es el origen de tu tristeza, de tu melancolía, como lo fué de tu pasada enfermedad. ¿Crees tú que si Jorge pudiera labrar tu ventura, que es la mía, me hubiera opuesto tan tenazmente? No, hija mía. Pero el hombre que es objeto de tu cariño, pertenece a una familia noble y orgullosa: sus bienes exceden a los tuyos, y Jorge, educado en esas rancias preocupaciones, miraría con desprecio a su mujer, si fuera la hija de un labrador, de un pobre hombre, según ellos dicen. ¿Y habría entonces felicidad para tí? Al verte despreciada, ultrajada por ese idolo, entonces, María, entonces llorarías amargamente tu desgracia irreparable, y serías una víctima sacrificada a la vanidad de una familia de idiotas.

— Pero si esa familia es orgullosa, ¿lo será Jorge? Vos no le conocéis como yo; no sabéis que sus senti-

mientos son generosos, que es mas noble por su proceder que por su cuna, que su alma entusiasta es un tesoro difícil de apreciar en su justo valor. ¿Quién mas pundonoroso que él? Ninguno. Modesto siempre, ignora esas cualidades que le embellecen tanto; ¿y llamais a esto orgullo? No, padre mío, Jorge es el modelo de la juventud.

Brillaban los ojos de la apasionada joven con el fuego del entusiasmo: el venerable anciano la escuchaba tranquilamente, y despues de un corto intervalo de silencio, continuó:

— Sí, necesitaré para convencerte recordarte que no se halla aquí. ¿Dónde está ese pundonor tan proclamado y esa pasión tan dominante y pura, que nunca se he atrevido a hablarme de ella? ¿Porqué no se ha dirigido al honrado labrador para pedirle la mano de su hija? ¿Quieres que te lo diga? porque su vanidad ha podido mas en su corazón que su amor. Habrá dicho para sí: « Yo puedo enlazarme con una joven de casa ilustre igual a la mía, con una joven de quien no tenga que avergonzarme y que pueda alternar en sociedad con la alta aristocracia: el tiempo desengañará a María de que nuestra unión era imposible, y ella me olvidará. » Así habrá pensado, y para efectuarlo ha emprendido ese viaje voluntario, al que ha querido dar toda la apariencia de un acto forzoso.

— No, no es capaz Jorge de semejante infamia. Decís que él se avergonzaria de llamarme su esposa, no lo creáis; porque el tiempo le daría a conocer que la hija del viejo Anselmo sabía apreciar dignamente y hacer respetar los timbres de su casa. Además, ¿porqué no creer que se haya visto obligado a esta ausencia bien a pesar suyo? Pero algun día volverá, y entonces le hareis la justicia que se merece. Añadís que porqué no os ha pedido mi mano. ¿Se la hubierais concedido? Creo que no. Siempre acosado por vuestras cavilaciones, hijas de vuestro extremado cariño, hubierais encontrado un nuevo motivo de desconfianza para negarle vuestro consentimiento.

— Acuérdate de mis reflexiones, María, porque a mis años se tiene mucha experiencia.

Y separandose de su hija Anselmo se dirigió hacia el campo para recrearse en la bella perspectiva de la naturaleza.

III.

Luisa de B... se hallaba a la sazón en Granada, donde poseía parte de sus pingües riquezas, habiendo abandonado por algun tiempo el pueblo de su naturaleza en las inmediaciones de Jaen. El marqués de..., su padre, hacia dos años que había muerto; y Luisa, hija única, había sido la heredera del título y bienes de su padre, que tan justamente le correspondían. Hacia muchos años que era huérfana de madre, y la implacable muerte arrebató la vida del marqués, privando a Luisa para siempre de los que la dieron el ser: solo quedaban de su familia un hermano de su padre y doña Beatriz, que lo era de su madre. Esta señora, de cincuenta años de edad, residía en Granada hacia ya mucho tiempo, y Luisa determinó pasar en su compañía una temporada, lo que ocasionó su viaje. A los veinte y cuatro años era muy natural que se fastidiase de vivir en un pueblo sin

las mayores diversiones: joven y además de una figura elegante, deseó brillar y gozar de todos los recreos compatibles con su educación y delicadeza. Frecuentaba las principales reuniones, y en todas ellas tenía un séquito de adoradores, ó cuando menos que aparentaban adorarla. Distinguiase entre todos a Jorge de B..., su primo, que según se decía, en vida de los padres de Luisa se había tratado el casamiento; pero que esta había manifestado posteriormente que no daría su mano sino al que supiera merecerla.

— Luisa, decía el joven sentándose inmediato a esta, ¿porqué no creéis que os amo? ¡Ingrata! ¿no veis lo que sufro? ¿no conocéis en mis palabras que son verdaderas? Si no fuera por vos, solamente por vos, ¿pensais que estaria aquí? No, Luisa, no; pero me es imposible resignarme al sacrificio de no veros, esto seria superior a mis fuerzas: por compasión... concededme una sola esperanza, y dispóned en cambio de mi vida.

— ¿Cómo puedo creer en vuestro amor, cuando haré como unos tres años que os era del todo indiferente? Entonces estábamos la mayor parte del día el uno al lado del otro, y por una mera política me saludabais con la mayor indiferencia: nuestros padres hacia tiempo tenían proyectado nuestro enlace, y vuestra frialdad, vuestro desamor me hicieron que suplicara al marqués que retirase su palabra, bajo el pretexto de que yo queria ser libre, para entregar mi corazón y mi mano a quien supiera merecerla; bien recordareis los disgustos que por aquella época se suscitaron entre vuestra familia y la mía, y que vuestro padre, altamente resentido, os mandó que inmediatamente dejarais nuestro país, pues vos solamente érais la causa de aquellas desavenencias; ¿y formareis todavía empeño en hacerme creer que vuestros sentimientos son sinceros?

— He sido un insensato; yo no debía amaros porque no soy digno de vos, replicó Jorge; ¡ah! Luisa, vos no podeis tener ni una ligera idea de la lucha terrible que sufre mi corazón: si pudiérais leer en él, ¡cuán dichoso seria! Entonces no os importunaria mas con mi malhadado amor, porque seriais árbitra para pronunciar mi sentencia. Habeis dicho la verdad; siempre frío, distraído, apenas cumplía con los deberes que me imponían la educación y la etiqueta. Luisa, perdonadme, porque hace tres años... estaba loco: insensible a todo lo que me rodeaba, había creado en mi fantasía un sueño de felicidad que embotaba mi alma, que dominaba mis sentidos, y que entonces aseguraba mi dicha. Me obligaron a abandonar el país donde viví tantos años tranquilo; y lleno de dolor vi por primera vez a la encantada Sevilla, que se eleva majestuosa entre tantas otras ciudades, bañada por las olas del Guadalquivir: allí supe la muerte del marqués, la que me causó una viva sensación, y al día siguiente me hice a la vela para Barcelona: desde allí visité las principales capitales de Europa; y el deseo de volver a mi patria, al suelo nativo que tenía tantos recuerdos para mí, determinó mi regreso. Pero había oído a los extranjeros las poéticas descripciones de Granada, y deseé verla. Entonces me dirigí aquí: supe a mi llegada que se hallaba en esta una prima mía, y al oír vuestro nombre creí de mi deber ponerme a vuestras órdenes: me dirigí a casa de vuestra respetable tía, donde tuve la dicha de veros. Desde aquel momento vuestra imagen me perseguía por todas partes, corrí ansioso a los sitios que teniais costumbre de frecuentar; y ya lo veis, os amo, os amo a mi pesar, Luisa; os amo, porque aquella impresion que sintió mi corazón al veros despues de tres años, mas bella que nunca, amable, bondadosa, fué una impresion de las que dejan para siempre huellas difíciles de borrar. Yo os adoro, Luisa. Concededme una entrevista, una sola, para que pueda manifestaros cuán puro y verdadero es el afecto que os profeso.

(Se continuará.)

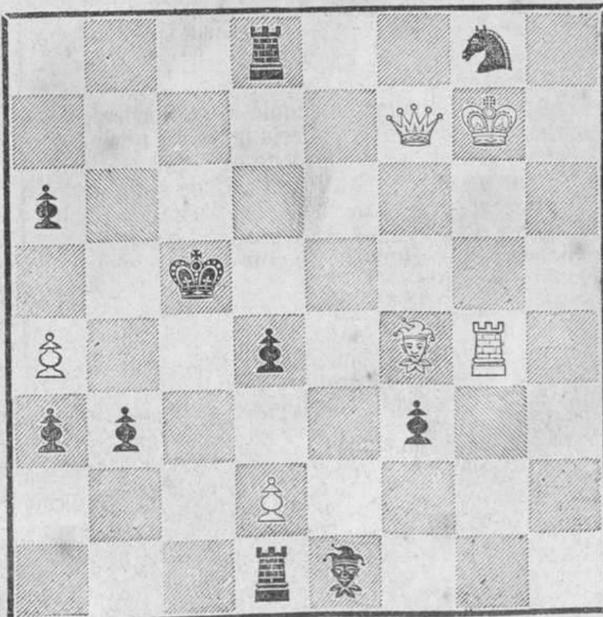
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 71.

- |   |                     |           |
|---|---------------------|-----------|
| 1 | Rª come C           | A come Rª |
| 2 | C 7ª R              | A come C  |
| 3 | T 5ª R jaque        | A come T  |
| 4 | A 4ª R              |           |
| 5 | A 4ª CR jaque-mate. |           |

PROBLEMA NUM. 72, POR M. V. KNORRE.

NEGRAS.



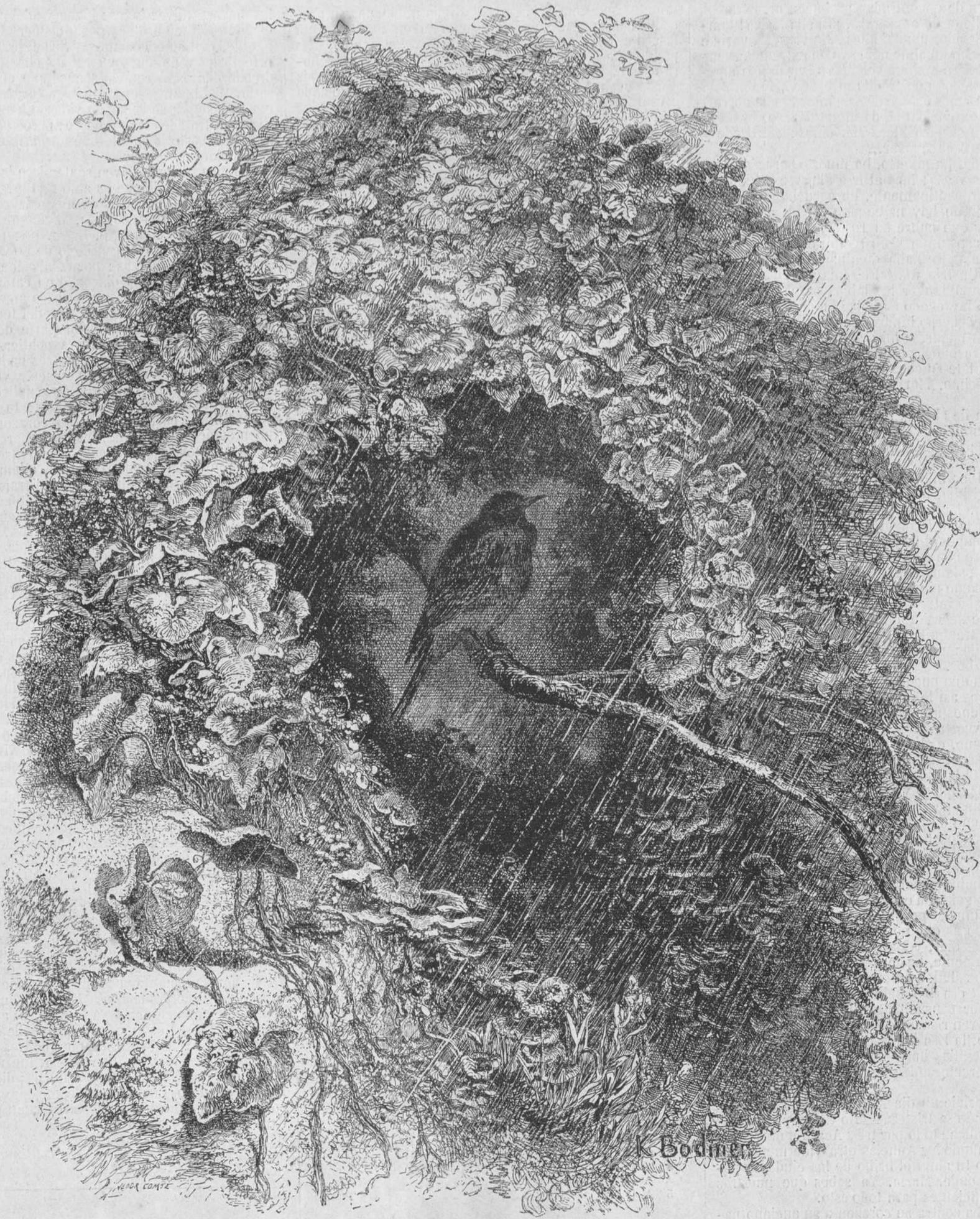
BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.

Al abrigo.

Está lloviendo: el pinzon se ha refugiado entre el follaje y piensa.

¿En qué piensa el pinzon? ¿En el hermoso sol que había hace un instante, cuando revoloteaba en el jardín del presbiterio, picoteando con osadía las cerezas del señor cura? ¿En la canción que cantará cuando haya pasado ese nubarrón negro, cuando el cielo esté otra vez azul, y los alegres rayos del sol brillen de nuevo en los charquitos de agua de la senda; en cada gota de lluvia suspendida de las hojas de los árboles y de las yerbas del prado? ¿En los picares muchachos que le apedrean cuando salen de la escuela? ¿En la estación de invierno tan cruda para los pajarillos, cuando todo el campo está cubierto de nieve, y le cuesta tanto trabajo a un pobre pinzon el hallar su vida? ¿En las hermosas espigas que los segadores amontonan en grandes carros, y sobre las cuales se planta orgullosamente? ¿En la entrada triunfal que hace en el patio de la granja arrastrado por cuatro bueyes blancos? ¿En la charla de las mujeres que lavan su ropa a la orilla del río sombreado por los sauces adonde va a beber diariamente? ¿En sus pequeñuelos que le esperan en el nido, extrañando no verle volver, y abriendo un ancho pico donde seria bien recibido el grano mas menudo? ¿En la cobardía de un compañero que se ha dejado prender, y que canta tan alegremente en su jaula como si estuviera libre? ¿En el lejano viaje que ha hecho en la primavera, en los climas extranjeros que ha visitado, en los su-



Al abrigo.

cesos que ha presenciado, en los peligros que corrió cuando jovencillo sin experiencia pasó tres días enteros haciendo una conquista?

Esta lloviendo: el pinzón se ha refugiado entre el follaje y piensa.

¿En qué piensa el pinzón?

F.

### M. Aimé Capitan,

COMANDANTE DE ESCUADRÓN MUERTO EN PUEBLA.

El comandante de escuadrón Aimé Capitan, herido el 28 de abril en la cuadra núm. 30, en el momento en que tomaba en brazos a un cazador que veía demasiado expuesto al fuego del enemigo, ha muerto de resultas de su herida. De una carta del general Trochu extractamos algunos pormenores sobre la vida de este distinguido oficial del ejército francés:

« ¡ Aimé Capitan ha muerto siendo comandante de estado mayor y oficial de la Legión de Honor a los treinta y cuatro años! Su carrera comenzada delante de Sebastopol, donde recibió su primera herida, continuada en Africa y en Italia y terminada delante de Puebla, ofrece un bello ejemplo de abnegación en el deber profesional.



M. Aimé Capitan, comandante de escuadrón, muerto en Puebla.

» Al salir de la Escuela politécnica, se casó con una joven cuya grandeza de alma igualaba a la suya, y que es bien conocida hoy en el barrio mas populoso de Paris con el nombre de « Angel de los pobres. »

» En los ejércitos de Crimea, de Africa, de Italia y de Méjico, se ha granjeado brillantes testimonios y distinciones de todo género. Su inteligencia, su actividad, su espíritu de iniciativa, su acierto en la dirección de los negocios, habian hecho de él una de las mas caras esperanzas del porvenir.

» En Méjico, adonde habia llegado el primero encargado de todos los deberes y responsabilidades de una organizacion militar erizada de dificultades, mereció la admiración y el afecto paterno del vicealmirante Jurien de la Graviere y del general de division de Lorencez, dos buenos jueces cuyos nombres quedarán ligados con la historia de esa guerra lejana.

» Tan bizarro oficial ha muerto el 11 de mayo último, antes de haber podido saber la ocupación de Puebla. »

P. P.

Los Editores-Propietarios responsables ;

X. DE LASSALLE Y MELAN.

Paris. — Tipog. de J. Best, calle St-Maur-St-Germain, 15.